BOLSILIBROS BRUGUERA

SORTEO DEL MILLON

SERIE la conquista DEL ESPACIO

LA GUERRA DE LAS LUNAS

a. thorkent

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

SORTEO DEL MILLON

SERIE la conquista DEL ESPACIO

LA GUERRA DE LAS LUNAS

a. thorkent

CIENCIA FICCION



A. THORKENT

LA GUERRA DE LAS LUNAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 159

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 24.192-1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición: agosto, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2. - Barcelona – 1973

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

153 — TERROR EN EL INFIERNO — *J. Chandley*

154 — EL PLANETA DE LOS HOMBRES PERDIDOS

A. Thorkent

155 — GAS NEUTRO — *Marcus Sidereo*

156 — PELIGRO EN EL «TIERRA-2» — *J. Chandley*

157 — EL URANIDA — *Peter Kap*ra

CAPITULO PRIMERO

Los labios de la mujer se alejaron de los del hombre. Entonces los ojos de ambos se unieron, sus pensamientos se unificaron y terminaron sonriendo.

Yacieron en silencio, uno al lado del otro, sin verse ahora, pero sintiendo su cercana presencia, saboreando aquellos instantes de relajamiento, de laxitud.

Ella, hermosa y joven, desnuda y de piel tersa y suave, dijo:

—Soy feliz contigo.

El hombre continuaba mirando hacia arriba, hacia los arabescos del techo. Pero escuchó a la mujer y respondió:

—Yo también.

—Desearía serlo siempre.

—Yo también.

Sus manos se encontraron, entrelazándose los dedos. Gozaron de la opresión. Aquel gesto pareció impeler a sus cabezas a girar hasta encontrarse, hasta mirarse.

Como si le dolieran sus palabras, el hombre susurró:

—Es tarde. Debo darme prisa.

Una sombra de preocupación pasó por el rostro de la mujer. Se llamaba Yana y mordióse los labios.

—Es posible que no vengan —dijo temblorosa. No creía en sus palabras. Trataba de engañarse a sí misma

Levantándose, el hombre, que se llamaba Ernut, acarició con sus

manos el cuerpo femenino mientras lo hacía Incorporado, la miró una vez más antes de salir. Desde la otra habitación, mientras el agua caía sobre él, dijo:

—Vendrán. Sabrán encontrarme. Estoy seguro.

—Han pasado tres días.

—Sí. Pero vendrán de todas formas. Ahora estarán muy ocupados con los funerales.

Yana se incorporó del lecho y tomó un vestido suave, transparente, que se colocó. Entró en la habitación donde Ernut se bañaba.

—Deberías olvidarte —dijo Yana, reprochadora.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Surgirán problemas. La continuidad...

—Tonterías.

—Es posible; pero ha de ser así.

Un largo silencio. Ernut salió del baño, completamente limpio y seco, perfumado. Sacó del armario una bata corta, de confortable tacto. Tomando a Yana por la cintura, la condujo a través del dormitorio hasta el salón.

Se sentaron ante una mesa donde humeaba café y algunos platos repletos de comida.

Después de mirar por el ventanal y hallar al otro lado la esperada negrura rutilante de luces, Ernut insinuó una sonrisa, queriendo hacerla pasar por irónica al mismo tiempo que divertida.

—Es hora de desayunar. Debemos seguir con el horario.

Empezó a comer, pero lo dejó pronto al ver que Yana parecía haber perdido el apetito.

—¿Por qué lo tomas así? —preguntó Ernut limitándose a sorber un poco de café. No terminó con el contenido de la taza.

—¿Puedo aceptarlo de otra forma? —protestó ella.

—Creo que me decepcionarías si así lo hicieras. Siento un extraño

placer viéndote preocupada por mi inminente marcha.

—Eres egoísta…

—Simplemente humano, querida. Aunque millones de seres piensen de mí otra cosa.

—¿Qué piensan de ti los que vendrán?

—Eso me gustaría saberlo.

—Todo el mundo estará extrañado de tu ausencia en los funerales, ¿no?

Ernut negó con la cabeza.

—De ninguna forma. Es lo usual. Así aparento tranquilidad ante los acontecimientos, al mismo tiempo que pretendo dar a entender que trato de ocultar mi dolor.

—¿Sientes realmente dolor? —preguntó Yana recordando el día en que Ernut recibió el escueto comunicado desde la Tierra.

Ernut leyó el boletín después de un preludio de música estridentemente fúnebre con el rostro serio, sin mover un músculo facial. Cuando el locutor hubo terminado, se retiró a las habitaciones más alejadas de la vivienda y allí estuvo solo durante más de veinte horas. Yana no se atrevió a interrumpirle. Se limitó a llevarle comida, que luego comprobó que Ernut no había tocado.

Al día siguiente del suceso, Ernut regresó y se mostró como si nada anormal hubiera sucedido. Se acercó a ella y la besó como queriendo encontrar en su amor olvido.

Yana se entregó a la tarea de consolarle con más intensidad que nunca, porque sabía que lo necesitaba.

Transcurrieron las horas, hasta tres días. Ernut apenas demostraba contrariedad ni dolor alguno. Sólo era un poco menos hablador que de costumbre. Era un hombre de pocas palabras. Sus ojos, sus gustos, expresaban más que su boca. Siempre había sido así.

La mujer, cuando ya creía que no iba a recibir respuesta, escuchó a su amado:

—Lo que yo pueda sentir es distinto a lo de cualquier ser humano, Yana. Sabía que tenía que ocurrir algún día. Conocía todo el proceso de la enfermedad. Confidencialmente me informaron de la

fecha aproximada en que iba a suceder. Tenía que ser esta semana. Ya no podían hacer más por mantenerlo vivo. En realidad era un muerto en vida, un cuerpo que se movía a impulsos de la ciencia. Ha sido mejor así.

—Debías quererle.

—Creo que sí. Forzosamente tenía que sentir afecto por él. Pero nunca nos tratamos lo suficiente, y no era culpa suya.

Se levantó y miró de cérca el negro espacio que comenzaba al otro lado del grueso cristal de la ventana. Vio el pequeño puerto, apenas una plataforma de cemento y acero a unos quinientos metros de la casa. Ernut contempló su pequeña nave anclada en un extremo. Había sitio aún para que se posaran varias más. ¿Cuántas vendrían? No podían ser muchas. Aquella visita sería algo casi privado. No habría escolta militar, supuso.

El y Yana estaban viviendo allí desde hacía dos meses, desde que supo el inminente desenlace de la enfermedad de su padre. No quería estar cerca cuando sucediese. El lugar era sólo conocido por algunos personajes muy allegados a su padre, quien le regaló aquella especie de refugio cuando cumplió los veinte años y podía manejar con la soltura suficiente la pequeña nave capaz de llevarle allí desde la superficie del planeta.

Ernut sonrió.

Su padre siempre fue original con sus regalos. Con aquél parecía querer expresar silenciosamente el amor que sentía por él y que no podía expresar más a menudo y públicamente.

Pocas veces había ido Ernut a la estación privada, cuya órbita era desconocida para todo el mundo excepto para un puñado de fieles colaboradores de su padre

La esfera de metal, con su plataforma de aterrizaje orbitaba a considerable distancia de la Tierra, que ahora surgía por debajo del diminuto espacio-puerto con todo su esplendor resaltado por la luminosidad del sol.

—He visto muchas veces esta escena y nunca me canso de ella —dijo Ernut.

Yana se había acercado a él, abrazándose a su espalda. Ernut sintió la tibieza de su cuerpo y cerró los ojos, escuchando que ella decía:

—Yo tampoco olvidaré la Tierra vista desde este lugar. Recuerdo el primer día que estuve aquí contigo —sonrió—. Tú anulaste la gravedad y ambos flotamos, fuimos de un lado para otro de la habitación, rodeados de cacharros. Pero fue muy hermoso. Un largo beso en caída libre.

—No lo volvimos a repetir —Ernut movió la cabezacon pesar—. Siempre lo dejábamos para el día siguiente.

—Cuando todo vuelva a su cauce normal tendremos tiempo de regresar aquí —acordó Yana.

Ernut se volvió.

—Yo intentaré que nada entre nosotros cambie.

—Pero otros harán que no suceda así —respondió ella secamente —. No serás dueño de tus actos totalmente. Otros te impondrán obligaciones.

—No habrá nadie capaz de anular mi voluntad.

—Cuando te conocí sabía a lo que me exponía. Siempre temí que llegara el día, aunque cada día al despertar y verte a mi lado me hacía concebir la esperanza de que todos mis temores no fueran más que una pesadilla.

—¿Qué temes? Te juro que seguiremos viéndonos.

—Sí, será así. ¿Pero cada cuánto tiempo? ¿Una vez a la semana, una hora al mes o un instante cada año? Y a medida que el tiempo transcurra más extensos serán los periodos en que no nos veamos, hasta que…

Ernut le puso un dedo en los labios, haciéndola callar.

—No sigas. Me duelen tus palabras. Te demostraré que te equivocas. Te quiero y por nada del mundo dejaré de hacerlo.

—Yo estoy preparada a resistirlo todo, mi amor… Hasta saber que llegará el día en que te impondrán la esposa oficial.

Ernut bajó la mirada. No quería pensar en lo que Yana le estaba obligando con sus palabras.

Se escuchó un suave zumbido y ambos miraron hacia el pequeño puerto espacial. Una luz roja que coronaba una torre metálica se había encendido. Al instante, un punto que al principio descubrieron como

insignificante fue aumentando de tamaño hasta convertirse en un enorme transbordador propulsado por cohetes. Desapareció por debajo de la plataforma y un minuto después surgió por encima de la casa, deteniéndose junto a la torre con la luz. Como un globo perdiendo gas, se posó sobre la pista de cemento y acero. El fuego de las toberas lamió el concreto, ennegreciéndolo aún más.

El transbordador quedó detenido cerca de la nave de Ernut.

Aunque no hiciera falta que lo anunciara, Yana musitó con voz hueca:

—Ya están aquí. Han venido con insolente puntualidad. ¿Saben que no estás solo?

—Deben comprenderlo —asintió Ernut—. ¿Deseas no estar presente?

Ella negó con vigor con la cabeza.

—Mientras pueda estaré a tu lado si me lo permites. ¿Temes que mi presencia los aturda?

—Nada de eso. Te respetarán. Me figuro que incluso el Gran Ministro sabe hasta tu nombre y en la fábrica donde trabajabas. Lo habrá investigado.

—¿Se habrá atrevido a eso? —preguntó enojada Yana.

—Es parte de su trabajo. Pero debió haberse convencido que no representabas ningún peligro para mí, ni física ni políticamente.

Yana sabía que Ernut no había querido ofenderla, pero tuvo que apretar los labios, mordérselos, para no gritar que el Gran Ministro había pensado, después de un detenido estudio, que ella podía ser una excelente concubina para el hijo de su amo, a la que se podía dejar en paz.

De la nave recién llegada bajaron unas figuras embutidas en gruesos trajes espaciales. Ernut descubrió la panza del Gran Ministro, inconfundible. Seguramente estaría maldiciendo por no haber tenido que hacer tan largo viaje. Pero el protocolo tenía que ser respetado.

Los hombres se acercaron a la casa dando saltos y pronto desaparecieron de la vista.

Ernut no esperó que el avisador de la puerta-estanco sonarse. Se acercó a un panel de mandos y apretó el botón que permitía la

apertura de la blindada compuerta de acceso.

Yana miró a Ernut que vestía su bata con indolencia. Se retiró al dormitorio después de decir:

—Voy a ponerme algo más ceremonioso.

Regresó antes de que la comisión irragàpiese en el salón. Ernut aún tuvo tiempo de admirar su hermosura.

Yana vestía un traje que él le regaló hacía tiempo. Era rojo y hacía un bonito juego con su larga cabellera de plata.

La comisión, encabezada por el Gran Ministro, que ya se habían despojado de los trajes espaciales y lucían sus uniformes y entorchados ministeriales, penetró en el salón caminando en apretado grupo. Se detuvieron a cinco metros de Ernut y Yana.

Doce cabezas se inclinaron por tres veces y el Gran Ministro, con su traje negro de ceremonias y banda multicolor cruzándole el pecho, avanzó unos pasos.

Ernut estudió a aquel hombre que durante tantos años había obedecido a su padre. Al parecer siempre lo había hecho con devoción y fidelidad. Se preguntó si con él seguiría comportándose de igual forma.

Einhert, Gran Ministro, obeso, altanero, de rostro redondo y sonrosado, con hábiles afeites rejuvenecedores, dijo:

—Os comunicamos, señor, que su Sublime padre, Aen Ernut III, Amo y Señor de los Imperios de la Tierra, nos confió la misión de preguntaros si es vuestro deseo continuar con su ingrata tarea de guiar los vacilantes pasos de sus despreciables súbditos.

Ernut miró de soslayo por un instante a Yana, que a su derecha y retirada un paso de su altura, escuchaba y veía en estática actitud y total silencio. Incluso parecía no respirar.

—Yo acepto los deseos de mi Sublime padre, que son órdenes para mí, señores —respondió Ernut.

—Mis más extensos agradecimientos. Los Imperios de la Tierra siempre estarán en deuda con vuestra imperial persona, Sublime Ernut Lan IV.

El Gran Ministro se inclinó y sus acompañantes lo imitaron. Lanzaron los gritos de rigor, proclamando la grandeza del nuevo Amo

y Señor y esperaron en actitud de firmes.

—¿Cuál es el programa, Einhert? —preguntó Ernut sentándose en un sillón próximo.

Con aquel gesto indicaba que la ceremonia quedaba terminada y debían pasar a solventar la situación.

Einhert, de todos los miembros del gobierno, fue el único que se adelantó y tomó asiento frente a Ernut. Su gesto seco había desaparecido y hablaba ahora con la seguridad que sus largos años de ministerio le habían conferido.

—Nos hemos alegrado que estuvierais aquí, apartado de la Tierra, estos tres dramáticos días, Sublime.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Ernut.

Einhert levantó la mirada y por un instante se posó sobre la mujer. La apartó en seguida, siguiendo la norma de todos de ignorar la presencia de Yana.

—Hubo conatos de disturbios en algunas regiones, pero las tropas intervinieron a tiempo. Algunos elementos querían aprovechar la situación en su provecho. Ahora todo está en calma y toda la Tierra aguarda el regreso de su nuevo Amo y Señor. Hemos decidido que la autocoronación sea dentro de cinco días. Podemos grabarla tan pronto como queráis y así verla al mismo tiempo que todos vuestros súbditos en la televisión.

Ernut se levantó, diciendo:

—Estoy seguro que habrás pensado en todo. Confío en vuestra eficacia, señores. Comprendo que debo acompañarles a la capital de los Imperios. En media hora estaré dispuesto.

El Gran Ministro se había levantado también rápidamente y preguntó haciendo un respetuoso gesto hacia Yana:

—¿Ella, Sublime?

—Se quedará aquí hasta que lo desee. Le dejo mi nave particular para que regrese a la Tierra, aunque es mi deseo que permanezca aquí hasta mi regreso. Después de los trámites de la coronación, desearé descansar y éste es el mejor sitio.

—Pero, Sublime...

—¿Algún problema?

—Ya no sois el de antes. No podéis estar solo en el refugio. Necesitáis escolta…

—Pueden vigilar las naves el Refugio desde el espacio, pero sin acercarse demasiado. Al menos que se esfuercen por hacerme creer que estoy solo.

—Se hará así, Sublime —asintió el Gran Ministro—. ¿Puedo sugerir que es conveniente que enviemos algunos criados, doncellas y demás sirvientes para cuidar de vuestra persona… y la de la dama Yana?

Ernut sintió deseos de acercarse a Yana y besarla al despedirse, pero se contuvo, limitándose a tomarle las manos.

—No es preciso. El Refugio es totalmente automático. Estoy seguro que Yana no necesitará a nadie mientras me espera. ¿Me equivoco?

Ella le respondió lo que él deseaba con los ojos. Soltó sus manos y dijo a los miembros de la comisión:

—Cuando queráis, podemos partir.

Un general le había sacado del dormitorio una pequeña valija con los objetos personales de Ernut, mientras que otros ministros y militares le ayudaban a colocarse el traje espacial.

Instantes después, Yana veía desde la ventana de grueso cristal cómo el transbordador se alejaba de la plataforma. Aún no había desaparecido de su vista, hundiéndose en la Tierra, cuando la mujer ya empezaba a pensar en el regreso de Ernut.

CAPITULO II

Ernut Lan IV contempló el acto de su coronación por televisión, solo y en silencio. Había pedido que nadie le acompañase cuando se proyectase la grabación.

Era dueño del más grande imperio que nunca conoció la Tierra. En realidad, todo el planeta estaba bajo su poder. Así había sido desde que Izzlu Ernut fundó la dinastía hacía más de cien años. Le sucedió Ernut Ton y a éste su padre Aen Ernut, quien consiguió terminar de aglutinar las naciones más recalcitrantes, .extendiendo su dominio hasta los límites del sistema Solar, sofocando la incipiente rebelión de los satélites jovianos en un mar de sangre del que hasta la fecha no había logrado salir.

Y ahora estaba él, Ernut Lan IV, coronado aquella mañana como Señor y Amo de los Imperios Terrestres, Sublime Soberano del Sistema Solar, ante la presencia televisiva de cinco mil millones de seres.

Ernut dedicó un recuerdo a Yana. ¿Cuándo podría regresar al Refugio con ella? Confiaba que las tareas recién adquiridas le permitiesen hacerlo pronto. Deseaba demostrarle a Yana que para ella seguía siendo el mismo, y que ambos juntos podían afrontar los nuevos problemas. Su amor estaba por encima de todo.

El acto de la coronación estaba finalizando y Ernut oprimió el conmutador, apagando la pantalla. Su propia imagen con los pesados atributos imperiales se esfumó.

Ernut sonrió cuando anduvo por la habitación. El lujo de la estancia era abrumador, incluso pecaba de mal gusto. Pero no estaba en ningún palacio de cristal encima de una montaña. Por el contrario, se hallaba a varios cientos de metros de profundidad, en la guarida del amo de la Tierra, que antes utilizó su padre y ahora estaba destinada para su seguridad. Pocas veces los miembros de la dinastía Ernut frecuentaban la residencia oficial, donde suponía la inmensa mayoría de los terrestres que vivía su soberano. Generalmente allí sólo estaba

su doble, uno de los varios sosías de que disponía.

Lan se preguntó si él ya tenía dispuesto los dobles. Seguro que sí. Einhert no era un tipo que se olvidase de los detalles.

Se llenó una copa de fino cristal labrado con vino y bebió un sorbo. Arrugó el ceño.

No se sentía feliz. Durante años habíase hecho a la idea de que algún día tenía que ocupar el puesto que dejase vacante su padre… si antes no era derrocado por algún ambicioso político o militar. Aquella idea nunca le había seducido. Nunca le gustó la política, aunque la conocía bastante bien. Tal vez por eso la aborrecía.

Se sentó y terminó de beber la copa. En realidad, su padre le había dejado pocos problemas, si se exceptuaba la crisis de los satélites de Júpiter. Por lo demás, todo estaba tranquilo. Izzlu Ernut y su hijo Ernut Ton se preocuparon de eliminar a sus enemigos y desterrar de las demás naciones pensamientos independistas.

La historia oficial decía que se consiguió pacíficamente y los enemigos del Amo y Señor eran unos seres des preciables y ruines. Por el contrario, se contaba en panfletos que los primeros tiranos ordenaron bombardear aquellas pequeñas naciones con bombas atómicas. El ejemplo para las demás fue fulminante. Toda ansia de nacionalismo quedó extinguida.

Pero más tarde surgió cercana la muerte de Ernut Ton y el comienzo del reinado de Aen Ernut, los problemas con los colonos de Ganímedes y Calisto de nuevo, aunque no llegaron a alcanzar la virulencia anterior, Aen Ernut no deseaba conflictos y terminó dando algunos privilegios a los colonos. Pero Lan sabía que no eran todos los que éstos deseaban y la crisis continuaba. Los pronósticos indicaban que la tensión no podía durar mucho tiempo. Tal vez él se tendría que enfrentar con ella tarde o temprano.

Lan terminó de apurar el contenido de la copa y la dejó sobre una mesita cercana de tapa de mármol marciano, dorado y fulgurante. Entonces llamaron a la puerta. Apenas él dio permiso para que entrase cuando el Gran Ministro penetró sonriente en la estancia.

El nuevo Amo y Señor lo miró fijamente y con cierta sorpresa. Nunca había visto a Einhert tan jovial, al menos en su presencia. La total sumisión que siempre le mostraba no aparecía por ninguna parte.

—Ha sido un gran día, Sublime —dijo Einhert.

Estupefacto, Lan observó cómo el hombre tomaba asiento frente a él sin esperar a ser invitado.

No es que Lan se sintiese ofendido por lo que podía ser una grave falta de respeto al nuevo Señor y Amo de la Tierra, pero sabía que ningún mortal podía comportarse así en su presencia.

¿Acaso el Gran Ministro tenía unos privilegios que él desconocía?

Como si leyese sus pensamientos, Einhert, sin dejar de sonreír, dijo:

—Con su difunto padre, Sublime, solía dejar a un lado todo protocolo molesto cuando llegaba la hora de hablar de temas importantes. Y estábamos solos, claro.

Lan no respondió. Cruzó los dedos y esperó.

—Vengo a informarle de la situación —dijo Einhert

—Creo conocerla. ¿Se refiere al acto de la coronación? Lo he estado viendo y...

—Oh, dejemos esa suntuosa escena para fascinar a la plebe. Me refiero a ciertos detalles concernientes con la futura política de los Imperios Terrestres bajo el mandato de Ernut Lan IV.

—No comprendo...

—Usted debió pasar más jornadas junto a su padre y conocer a fondo la mecánica de su gobierno, Señor. Así me hubiera ahorrado tener que explicárselo —suspiró Einhert.

—Le escucho —dijo Lan muy serio.

—Bien. Desde hace veinte años, prácticamente desde que su padre, Aen Ernut, sucedió a su abuelo de usted, Ernut Ton, he sido el principal colaborador. Aen me tenía total confianza. No crea que trato de aprovecharme de la situación para incrementar mi privilegiada situación, Sublime. Tengo pruebas que testifican que así es...

—Siga.

—Le explico esto, porque lo creo necesario antes depasar a los temas que realmente me han traído aquí señor.

—¿Cuáles son esos temas? ¿O son problemas?

Einhert sonrió ladinamente.

—Llamémosle crisis.

—¿En la Tierra?

—No. En Calisto y Ganímedes.

Lan esperaba aquello.

—Creo que mi padre supo buscar una solución adecuada a esos satélites.

—Sólo fue una medida de emergencia. Después de las matanzas perpetradas por Izzlu y Ton no convenía repetir la historia. Por el tiempo en que se concedió la serie de privilegios existía cierto malestar en la Tierra a causa de la escasez de alimentos y espacio vital y no se consideró conveniente una guerra de castigo contra los levantiscos colonos.

—He estudiado los hechos y estimo que las concesiones no fueron ni la décima parte de lo que pidieron los colonos.

—Exactamente.

—¿Cómo se conformaron con tan poco?

—Aen Ernut utilizó un sistema muy convincente que Ernut Ton puso en práctica durante su mandato. Yo por entonces lo desconocía, pero tuve que admitir que era una estratagema genial.

—¿Qué era eso?

—Luego se lo explicaré, señor.

Lan frunció el ceño. Hubiera podido ordenar a Einhert que se lo explicase, pero no quería demostrarle impaciencia.

—La Tierra y demás colonias viven en relativa paz. Sólo los de Ganímedes y Calisto nos producen problemas.

Aunque controlamos los medios de difusión, todo el mundo está al corriente de los sucesos. Un comportamiento débil ante los colonos de Júpiter podría ser interpretado como un signo de decadencia en la dinastía. Yo le propongo que...

Lan levantó su mano diestra, conteniendo al Gran Ministro.

—Un momento. Me figuro que va a proponerme el uso de métodos duros con los colonos, ¿no es así?

—Ciertamente, pero...

—Nunca estuve en Ganímedes ni Calisto —dijo Lan—. Pero sé que la vida allí es dura, que los hombres que siempre han vivido en esos satélites han tenido que trabajar mucho para hacerlos moderadamente confortables. Ya una vez les destrozamos su obra; pero no se desanimaron y volvieron a comenzar. No soy partidario de la violencia mientras sea posible llegar a un entendimiento pacífico. Y para saber eso es preciso antes conocer a fondo los hechos...

—No le entiendo, señor...

—Lo comprenderá pronto, Gran Ministro. Usted anunciará tan pronto como pueda que estoy dispuesto a realizar un recorrido por los planetas y satélites del Sistema. Para que los colonos de Ganímedes y Calisto no se figuren que es principalmente por ellos, iré antes a Venus y Marte. Pero donde estaremos más tiempo, el suficiente para sondear el problema, será en las lunas de Júpiter.

Einhert arrugó el ceño consternado.

—Los colonos creerán que el sucesor de Aen Ernut teme a una posible guerra. No los engañemos.

—Es igual. Agradecerán, de todas formas, el que yo vaya.

—¿Lo cree sinceramente?

—¿Por qué no? Estoy seguro que no tengo nada que temer. ¿No existe en la Tierra una delegación permanente ante el Ministerio de Asuntos Espaciales de los colonos?

—Sí, desde luego. Pero...

—¿Quién es el delegado?

—Se llama Carl Bunsen. Es miembro del partido moderado de Calisto. Propugna la no violencia. Por eso toleramos su presencia en la Tierra. Pero creo que últimamente está perdiendo la paciencia.

—Deseo verle.

Einhert terminó levantándose de un salto y yendo hasta Lan.

—No es procedente, señor.

—¿Por qué no?

—La entrevista podría ser mal interpretada.

—Eso no me importa. De todas formas, podemos hacerlo de forma secreta. ¿Sería muy difícil?

Einhert respiró profundamente y replicó:

—Creo que no. Pero de todas formas, no estoy conforme con su idea, señor.

—Haga lo que le digo, Einhert. Quiero que Carl Bunsen esté mañana en mi presencia. A primera hora.

Lan notó que el rostro del Gran Ministro se encendía. Decidió que más tarde pensaría a qué se debía tal subida de sangre. Empezaban a molestarle tantas insinuaciones por parte de Einhert. ¿Es que su padre toleraba todo aquello?

Después de saludarle respetuosamente, regresando a su acostumbrada frialdad, Einhert se retiró, dejando a Lan vivamente preocupado. Empezaba a arrepentirse de su postura un tanto violenta con quien había sido el más fiel colaborador de su padre. Pero él se consideraba diferente. Aunque le desagradaba, tenía un concepto muy distinto respecto a la política que Aen Ernut.

Sabía que la empresa no iba a ser sencilla, pero estaba decidido a imprimir a su gobierno un cariz totalmente distinto al autárquico anterior, aunque para ello tuviera que pasar por encima de Einhert y de muchos políticos como él.

* * *

Einhert penetró en la estancia donde una docena de personas parecían estar aguardándole con marcada impaciencia. Varios de ellos vestían rutilantes uniformes de general y mariscal.

El Gran Ministro, después de que uno de los presentes hubo cerrado la puerta, tomó asiento en el sillón que presidía la mesa en donde los demás se sentaban a su alrededor.

—¿Y bien? —inquirió Oblister, mariscal de las fuerzas armadas.

Einhert resopló y pidió una bebida. Tan pronto como se la trajeron, bebió un largo trago y repuso:

—El muchacho se ha tomado muy en serio su papel.

—Me lo estaba temiendo —masculló Lecuoc, ministro del Interior y jefe del servicio de Inteligencia y Seguridad—. Ya os dije que me parecía demasiado botarate.

—Dejemos que Einhert nos explique —propuso Oblister.

—Ernut Lan, nuestro Señor y Amo —dijo mordazmente—, me ha ordenado que lleve a Carl Bunsen a su presencia mañana a primera hora. En secreto.

—¿Qué pretende ese loco?

Einhert se encogió de hombros.

—No lo sé, ciertamente, pero parece que pretende llegar a un entendimiento con los colonos de Calisto y Ganímedes.

El grupo estalló en murmullos de alarma y empezaron a mirarse con asombro.

—No debimos traer a Lan a la Tierra, dejarte ocupar el poder —dijo Oblister—. Os advertí que las fuerzas armadas estaban de mi parte.

—No es hora de lamentaciones. Todos decidimos que podíamos traer a la Tierra al hijo de Aen Ernut. Pensamos que podía ser un buen gobernante de paja, casi tanto como lo era su padre. Pero el muchacho nos ha salido todo lo contrario.

—¿Qué pasará si Lan consigue entrevistarse con Carl Bunsen?

—Sabrá que intentamos despojar a los colonos de sus tierras, adueñarnos de las inmensas riquezas energéticas que guardan en sus entrañas los dos satélites de Júpiter. Los dos primeros Ernuts de la dinastía debieron acabar con ellos de una vez. Por el contrario, permitieron que esas comunidades pudieran rehacerse.

—Y los colonos saben el poder que poseen —comentó con disgusto Lecuoc—. Están ganando tiempo, haciéndose fuertes hasta que llegue el momento en que puedan presentarnos una auténtica batalla. Entonces dejarán de pertenecer a la Tierra, romperán los lazos que les unen a nosotros.

—Es cierto —asintió Einhert—. Estoy conforme en que sería una locura que Ernut Lan se entreviste con Bunsen. Se enteraría que intentamos por todos los medios destruir esas colonias, aniquilar el último de sus miembros.

—¿No es posible que Lan comprenda que realmente los colonos representan un serio peligro para los Imperios Terrestres? —arguyó Oblister.

—Sería pecar de optimista pensar eso —negó Einhert con la cabeza—. Lan tiene, al menos pienso, unas ideas muy definidas acerca de cómo gobernar su imperio. Me temo que cuando los habitantes de las lunas de Júpiter conozcan el intento del sucesor del tirano se estremecerán de emoción y caerán a sus pies dispuestos a obedecerle. No hay nada más enternecedor que la actitud democrática de quien se supone es un dictador. Los colonos dirán a Lan que ponen a su servicio las riquezas que ellos tienen en sus lunas. Y cuando el pueblo de la Tierra se entere de todo, estarán tan incondicionalmente al lado del nuevo Amo y Señor, que sería absurdo pensar en un levantamiento de las fuerzas armadas. Incluso no me fiaría de la totalidad de los oficiales.

Un denso silencio se cernió sobre los reunidos. El mariscal, muy pálido, preguntó al Gran Ministro:

—Intuyo que tienes una idea, Einhert. ¿Cuál es?

—Que debemos actuar cuanto antes.

—¿De qué forma?

—Dejemos que Lan converse con Bunsen y vaya a Ganímedes y Calisto. Además, nos encargaremos que el pueblo conozca sus nobles motivos. Cuando nuestro Amo y Señor llegue a las lunas de Júpiter, no habrá ser humano que no maldiga a los colonos.

Al principio, los presentes se miraron sin comprender. De pronto, Oblister estalló en carcajadas. Los demás parecieron adivinar las palabras de Einhert, quien sólo tuvo que agregar:

—Es cierto que la Tierra llorará por un líder que daba muestras de una sublime intención de democracia. Y ese llanto se transformará en un desenfrenado deseo de empuñar las armas contra los traidores y desagradecidos colonos. Tendremos detrás de nosotros a miles de millones de seres dispuestos a pasar a cuchillo a los presuntos asesinos del último de la dinastía Ernut.

CAPITULO III

Izzlu Ernut, instaurador de la dinastía, nunca pensó realmente en establecerla cuando las naciones terrestres, cansadas de guerrear y

destruir paulatinamente el planeta, decidieron dar un nuevo ímpetu a las Naciones Unidas y elegir un personaje que tuviera más poder que el desacreditado Secretario General.

En realidad fueron las tres potencias más poderosas quienes decidieron que Izzlu fuera el candidato. Pensaban que con su apoyo terminarían por repartirse el mundo entre ellos. Izzlu, notable político de una pequeña y joven nación africana, un mestizo casi blanco, aceptó el cargo y comenzó a trabajar con entusiasmo. Pronto comprendió que los poderosos esperaban mucho de él en su particular provecho, y que tendría que seguir engañando a los débiles, encubriendo las intenciones de los gobiernos expoliadores.

Pero Izzlu pensó con inteligencia y decidió continuar el juego. Su habilidad política iba más allá de lo que presumían aquellos que le habían elevado hasta el cargo de teórico presidente de la Tierra, con jerarquía sobre todos los demás jefes de Estado, reyes, dictadores y emperadores de minúsculos imperios procedentes de la antigüedad.

Con lentitud, pero firmemente, Izzlu se fue rodeando de eficaces colaboradores a quienes hizo partícipes de sus proyectos. Mientras fingían seguir las directrices de las potencias, extendían su poder por todo el mundo.

Sucedió el día en que presentaron boca arriba sus cartas y se hicieron con el auténtico poder de la Tierra. El golpe fue magistral. Dominaron la situación perfectamente. Al menos se hicieron dueños de las capitales más importantes, encerraron a todos cuantos podían molestarles en el futuro. Incluso no vacilaron en eliminar a los sumamente peligrosos.

Los colaboradores de Izzlu ejercían su poder sobre los ejércitos de todas las naciones y sólo ejércitos aislados resistieron el poder de Izzlu.

Por entonces existían colonias incipientes en Venus y Marte y se esperaba el regreso de las expediciones enviadas a las lunas d Saturno y Júpiter. Los expedicionarios, al retornar, tuvieron que rectificar sus discursos triunfalistas, borrando de ellos todo lo relativo a sus respectivas naciones y referirse al Amo y Señor de los Imperios Terrestres,

Pero Izzlu se encontró con muchas dificultades y todo su trabajo estuvo a punto de venirse abajo. Varios de sus íntimos colaboradores deseaban grandes recompensas en sus respectivas y antiguas naciones, cuyo concepto había sido borrado por el de regiones y zonas

lingüísticas.

Hubo guerra.

Una larga y cruel guerra. Ciudades, naciones enteras, fueron arrasadas por el fuego.

Y la paz llegó al fin.

Pero Izzlu comprendió que sólo con el poder podía controlar el más vasto imperio que jamás hombre alguno pudiera soñar. Era dueño de toda la Tierra, de planetas y satélites. Demasiado para un hombre. Pensó que más adelante podía llegar la democracia. Pero él no confiaba en verla durante su existencia. Muy a su pesar instauró un severo sistema de control sobre los ciudadanos, un espionaje insistente sobre las actividades de las comunidades.

Se contaba que Izzlu murió con la razón perdida, creyendo ser el salvador de la civilización, el elegido por los dioses para guiar a la Humanidad.

Le sucedió su hijo Ernut Ton. Durante los primeros meses de su reinado tuvo que enviar a sus ejércitos sobre diversas zonas de la Tierra, que pretendían aprovechar la sucesión para recobrar su condición de naciones independientes. Se luchó en Europa, en Asia y América. Los bombardeos, asaltos, juicios y matanzas volvieron a producirse.

Y volvió a renacer la paz.

Pero nunca duró mucho tiempo. Sólo al final de la vida dilatada de Ernut Ton transcurrió un período considerablemente largo de tranquilidad. Muchas antiguas naciones comenzaron a olvidar su condición como tal, pero nunca olvidó el gran poder, el excesivo poder del Amo y Señor. Deseaban cambiar las cosas, hacerlas regresar al pasado al menos en parte.

No existía Senado, asamblea ni nada que se le pareciera. Al pueblo no se le pedía opinión. Y eso era lo único que el pueblo no perdonaba a Ernut Ton II. Ni siguió perdonando a su sucesor, Aen Ernut III.

Aen Ernut terminó por hacer desterrar el hambre de la Tierra. Ningún terrestre carecía de un techo bajo el que dormir, ni comida que llevarse a la boca. Pero seguían sintiendo hambre de libertad. Les oprimía sentirse vigilados a cada instante, controlados por los servicios secretos del Amo y Señor.

El exceso de población empezó a ser resuelto en los tiempos de Izzlu enviando a los nuevos planetas y satélites ingentes cantidades de personas al mismo tiempo que se controlaba el crecimiento demográfico con severas medidas.

Sucedieron los incidentes con las colonias, que la inmensa mayoría de los terrestres ignoraron porque los medios de difusión estaban debidamente controlados.

Aen Ernut casi culminó la obra de sus antecesores. Durante pocas ocasiones habló con su hijo de sus proyectos, pero un día le dijo que cuando él faltara y ocupase su sitio, debía procurar terminar su obra. En el refugio subterráneo, en sus habitaciones privadas, había una cámara acorazada en la cual solamente podían penetrar los Ernut. Allí podía investigar los más íntimos sueños de su padre, en los proyectos aún no realizados de Aen Ernut.

Lan recordó aquello apenas se hubo marchado el Gran Ministro Einhert.

Miró la habitación, grande, suntuosa, recargada de adornos. Pasó a la siguiente, también amplia, con lujosos butacones, mesas de marfil, lámparas de bronce dorado, arañas de cristal de roca y cuadros de pintores famosos.

Le llamó la atención un cuadro en particular, el de mayores dimensiones y de realización más moderna. Su marco era sencillo, al contrario de los demás, llenos de arabescos y dorados. Representaba un paisaje, un valle repleto de verdor. El cielo aparecía cubierto de negros nubarrones, mientras el sol se ocultaba. Una diminuta figura humana contemplaba el ocaso de la estrella desde el camino. Exactamente, a mitad de un estrecho sendero que conducía a una casita rústica.

Lan miró la figura con interés. Recordó dónde había visto una lupa y fue a buscarla. Al regresar con ella la colocó delante de la figura. Lo que a lo lejos parecía un simple borrón, cobró definidos contornos humanos bajo el cristal. Lan conocía bien aquel hombre. Aunque estaba vuelto de espalda, podía jurar que se trataba de su padre.

Se retiró del cuadro para observarlo. ¿Quería decir algo? Tenía que representar un símbolo. Su padre, a mitad del camino, en dirección a una casa donde parecía dirigirse para descansar. Entonces le cogió la llegada de la noche. Y la figura de su padre se había detenido en el sendero, como si lamentara la aparición de las sombras,

de la oscuridad cuando aún no había llegado al hogar.

Lan siempre había pensado que Aen Ernut era un hombre que gustaba de los símbolos y representaciones. Si dejaba vagar un poco su imaginación, podía pensar que aquel cuadro quería representar la vida de su padre, su final. La muerte habíale llegado cuando se encontraba a la mitad de su obra. La noche se cernía sobre él cuando estaba a punto de alcanzar el refugio, la casita.

El joven se acercó de nuevo hacia el cuadro, movido por un presentimiento. Colocó su índice sobre la puerta de la casita. En seguida notó un hueco. Probó con todos los dedos, hasta que al hacer presión con el pulgar de la izquierda, notó que el cuadro se movía.

Se apartó y vio que la pintura se deslizaba hacia un lado, dejando ver una puerta de acero. Una manija estaba situada en su centro. La agarró y no se extrañó cuando la pudo manejar sin dificultad alguna. Entonces la puerta de acero se abrió.

Al mismo tiempo, un resplandor intenso iluminó una estancia al otro lado. Lan penetró en ella sabiendo que lo hacía en la cámara acorazada y secreta de Aen Ernut,

Allí estaban los objetos personales del Amo y Señor de la Tierra y que legaba a su hijo. Estaban colocados correctamente sobre estanterías que llenaban las paredes, La puerta de acero se cerró detrás de Lan, pero el joven no se inmutó. Sabía que con sólo desearlo activaría el mecanismo de apertura. Aen Ernut había hecho construir para que su hijo la pudiese maniobrar. En ella estaban registrados los impulsos mentales de Lan.

Mientras recorría los anaqueles, Lan pensaba que si otra persona entraba allí todo aquello podía volar por los aires, si los detectores ocultos llegaban a la conclusión de que el recién llegado era un intruso. Tal vez algún día él tendría que prepararlo todo para que su primogénito pudiese hacerse cargo del tesoro allí encerrado sin peligro alguno.

Había varios armarios. Los fue abriendo y observó varias docenas de trajes, corrientes y sencillos. También había armas de todas clases, dinero de todas las partes de la Tierra, en papel monedas y oro, certificados bancarios de varios depósitos. En una caja halló centenares de documentos extendidos a nombres falsos, preparados para colocar en ellos fotografías. ¿Qué significaba aquello?

Empezó a comprenderlo cuando al abrir una puerta se vio delante de un largo túnel. Varios vehículos deslizadores sobre raíles

permanecían silenciosos y oscuros. El túnel se perdía en la negrura más densa. En una pared vio planes que pronto comprendió. Desde allí podía ir a una docena de ciudades de la Tierra. Aquella obra gigantesca no podía haberla creado Aen Ernut. Tal vez fue Izzlu quien la inició.

Regresó a la estancia y descubrió en un sitio predominante, una pantalla de televisión. Era una reproductora de video. La pulsó para encenderla y en seguida un rostro apareció en ella.

Lan se sobrecogió. Era Aen Ernut quien le hablaba:

—Hijo, al poner en marcha este registro indicará que yo habré muerto y tú ocupas mi puesto, el cuarto dé la dinastía. Además, será porque has sido lo suficientemente inteligente como para haber llegado hasta aquí. Sólo conocías la existencia de esta sala porque yo te lo dije en varias ocasiones, pero nunca te insinué la forma de entrar. Estoy seguro que te estarás haciendo muchas preguntas. Yo he grabado esto cuando tú tienes sólo veinte años y no das muestras de entusiasmo por ocupar mi puesto. Detestas la política y el poder. Lo siento. Sólo te lego esto. Pero si lo deseas, puedes escoger otra clase de vida. En esta sala hallarás dinero suficiente y certificados de depósitos bancarios en oro suficientes para que no tengas que preocuparte por el resto de tu vida. Todo es tuyo. Si detestas mi legado de poder, de admiración y odio que pesará sobre ti, tómalo todo y márchate. No te preocupes porque te reconozcan. Hallarás también documentos para que te fabriques una nueva identidad, aparatos para cambiar tu rostro y huellas digitales. Todo está preparado por si no deseas continuar la labor emprendida por Izzlu Ernut. Al fondo de la sala hay una habitación donde comienzan varios túneles. Puedes irte, sin que nadie se dé cuenta, a una de varias ciudades. Antes de irte deberás conectar un mecanismo que hay en la entrada que hará volar todo esto minutos después de haberte ido, cuando estés a salvo, Debes elegir tu futuro, hijo.

Lan, tragando saliva, respondió con un movimiento negativo, pese a saber lo inútil de su gesto.

La imagen de Aen Ernut siguió diciendo después de una larga pausa:

—Si optas por ocupar mi sitio, sólo me resta desearte suerte. Aquí encontrarás datos suficientes para comprender todo lo que hemos hecho antes que tú. No puedo indicarte lo que deberás hacer a partir de ahora, pero si podrás hacerte una idea completa de lo que espera sí dedicas unas horas de estudio. Hallarás alrededor tuyo a personas que

te serán fieles por miedo, o por devoción, pero la mayoría te odiará y deseará tu muerte, Deberás ser temido, si quieres sobrevivir. Sé implacable con quienes intenten serlo contigo. El agradecimiento de un enemigo por haberle perdonado la vida sólo dura unos instantes. Luego se convertirá en tu peor enemigo,

La voz calló y la imagen desapareció.

Lan pensó que la explicación no había sido muy larga.

Se acercó a la puerta, a la salida que le suponía la libertad.

Al cabo de un buen rato decidió utilizarla, pero con unos fines muy diferentes a los que su padre pudiera haber pensado al grabar su mensaje. ¿O sí había pensado también Aen Ernut que aquel túnel con diversas ramificaciones podía servir para otra cosa que no fuera huir de su destino?

Resueltamente, Lan salió de la cámara acorazada, retornando al dormitorio. Se aseguró que la puerta exterior estaba bien cerrada, manipulando el resorte que colocaba sobre ella el aviso de no molestar.

Necesitó cerca de media hora para confeccionarse una identidad nueva. Cuando se sentó en uno de los coches ofrecía un aspecto totalmente distinto. Era más alto, lucía abundante cabellera negra y sus ojos eran negros. El bolsillo de su chaqueta de cuero lo llevaba lleno de dinero. Nunca había hecho uso de él directamente. Como heredero del Amo y Señor no había tenido nunca tal necesidad.

Después de una inspección al vehículo, consideró que podía manejarlo y lo puso en marcha. Era totalmente automático. Sólo tenía que elegir la ciudad a la que deseaba ir. Había otras dos más cercanas, a la que llegaría en menos de veinte minutos, pero Lan tenía que estar en una que se levantaba a orillas del Océano Atlántico, al sur de Europa.

Cerró la cúpula del coche y lo dejó deslizar por los rieles. Adquirió en seguida una velocidad fantástica. A medida que avanzaba por el túnel, las luces se iban encendiendo delante de él. Dejó atrás otras desviaciones. Calculó que viajaba a más de ochocientos kilómetros por hora.

Iba a estar en su destino en seguida, tan pronto como cruzase el estrecho.

* * *

Lan anduvo un rato mezclado entre la gente, sintiendo una extraña sensación al no ser reconocido como el hombre que pocas horas antes habían visto por el televisor cómo era elevado a la jerarquía de Amo y Señor de los Imperios Terrestres.

Demoró bastante el momento de detener un taxi y dar al conductor la dirección que había encontrado en el directorio de un teléfono público poco antes.

El coche le dejó en un barrio nuevo, al lado del océano negro, reluciente en la noche bajo la Luna.

Paseó por la acera hasta encontrar el edificio que buscaba. No se extrañó al ver en la puerta a un par de policías de la Seguridad, que le pidieron la documentación antes de dejarle entrar, Esperó a que registrasen su nombre y luego penetró en el vestíbulo, llamando el ascensor.

Mientras la cabina subía hasta el piso décimo, Lan pensó que la experiencia que estaba pasando era tan nueva para él como inquietante. El vehículo subterráneo se había detenido poco antes en un pequeño hangar y después de una prolongada frenada. Halló una escalera metálica y vertical por la que subió, encontrándose en un solitario callejón al abrir la puerta. La entrada era imposible descubrirla desde fuera. Se alejó de allí después de encontrar el oculto mecanismo con que luego podría abrir la puerta de ladrillos rojos y viejos. Era el barrio antiguo de la ciudad, qué parecía caerse de viejo.

Pronto entró en zonas más modernas y concurridas La cálida noche fue aspirada con deleite. Percibió olores nuevos, inéditos para él.

Siempre había vivido aislado del resto de la gente, hasta que decidió marcharse a Marte, a vivir en el anonimato. Entonces encontró a Yana y empezó a utilizar el Refugio Orbital. En Marte pudo vivir entre las gentes porque aún nadie sabía cómo era el heredero del Amo y Señor. Ahora, después de la coronación, no tenía otro remedio que utilizar un disfraz.

El ascensor se detuvo y salió. Recorrió el pasillo hasta detenerse delante de una puerta. Tardó unos segundos en decidirse a llamar. Ya tenía preparada una excusa viable si la persona a quien quería ver no respondía a sus esperanzas. Sólo en el último momento estaba dispuesto a revelarle su identidad.

Sonó el timbre y Lan se sobresaltó sin poderlo evitar. La puerta se abrió lentamente, pero el joven ya sabía lo que habían espiado desde

el otro lado. Debía tener un aspecto inofensivo, al parecer.

Una joven apareció al otro lado. No habló. Le interrogó con la mirada.

Lan dijo, en medio de una sonrisa:

—Deseo ver a Carl Bunsen.

CAPITULO IV

La chica, haciéndose a un lado, invitó a Lan a pasar.

—El señor Bunsen está ocupado, pero creo que le recibirá en seguida —dijo.

—Gracias —respondió Lan penetrando en un salón.

—¿Quién le digo que desea verle?

—John Stan.

—¿Motivo de su visita?

—Asunto personal.

—Bien, siéntese, por favor.

Mientras Lan se dejaba caer sobre una butaca observó cómo la chica abría una puerta y entraba por ella. El momento que la puerta quedaba abierta escuchó murmullos de conversaciones. Un hombre hablaba con una mujer, joven al parecer.

La voz femenina, pese a lo apagada que le llegaba, le parecía familiar. Cuando creyó poder identificarla, la puerta se cerró.

La joven que le recibió apareció poco después. Sonriéndole le invitó a pasar. Cuando lo hizo, Lan apenas tuvo tiempo de ver la figura de una mujer desaparecer por otra puerta. El hombre que había allí acudió hacia él, con la mano extendida y una expresión cordial reflejada en su rostro aún joven y moreno.

—Soy Carl Bunsen, señor Stan. ¿Qué desea de mí?

—Hablar acerca de Calisto y Ganímedes.

Bunsen le miró ceñudo. Disimuladamente, hizo una indicación a su secretaria para que se retirase. Lan pensó que la mujer que había estado conversando con Bunsen podía estar escuchando al otro lado

de la puerta o se había marchado definitivamente del apartamento.

—¿Quién es usted realmente?

—Alguien que desea ayudarle. A usted y a los suyos.

—¿Por qué?

—Digamos que tengo un especial interés en que acepte una invitación.

—No entiendo. ¿Qué invitación es ésa?

—El nuevo Amo y Señor, el Sublime Ernut Lan se la cursará esta misma noche o mañana a primera hora.

Después de un silencio tenso, Bunsen dijo:

—Siéntese, por favor —él lo hizo en su silla detrás de una mesa.

—Comprendo que le extrañe mi visita, señor Bunsen, pero tenía especial interés en conocerle. Digamos que soy un enviado especial del Sublime, alguien que pretende cambiar impresiones con usted fuera de todo protocolo y sin convencionalismos.

—¿Cuál es la causa?

—Ernut Lan pretende conocer de primera mano la situación de las lunas de Júpiter, sin ambages ni a través de una entrevista en la que existirán toda clase de sensaciones y reservas.

—¿Y desconfianzas?

—Exactamente.

—¿Cómo sé que realmente usted es un enviado especial del nuevo Sublime?

—Es lógico que desconfíe. Pero se convencerá mañana cuando reciba la invitación formal. En ella Ernut Lan le pide ser invitado a visitar Calisto y Ganímedes.

—¿El Amo y Señor en mi patria? —le cortó Bunsen asombrado.

Lan estudió al calisteano. Al parecer aquel hombre no podía concebir al todopoderoso Amo y Señor en su satélite.

—¿Por qué no? Al parecer Ernut Lan tiene nuevas ideas acerca de las relaciones políticas. Está dispuesto a escucharle a usted y sus compatriotas. Incluso, piensa, a aceptar sus propuestas, si son

sensatas.

—Esto es increíble.

—Sigue sin creerme —suspiró Lan—. Tendré que esperar a mañana.

El joven hizo intención de levantarse y Carl lo contuvo.

—Un momento —dijo—. Juguemos un rato. Pensaré que me dice la verdad. ¿Sólo ha venido para decirme esto? Es indudable que si mañana recibo la invitación usted debe, al menos, vivir cerca del Sublime y conocer sus proyectos. ¿Pero qué pretende Ernut Lan?

—Desea la paz. Cuando mañana se presente ante el Sublime, piense que él desea verdaderamente ayudarles a ustedes. Hable con él con toda franqueza, por favor, Ernut Lan procurará estar solo, pero si no logra verse libre de sus ministros, no dude en exponer los problemas de las lunas sin retención alguna. Entonces Ernut Lan le sugerirá un viaje a Calisto y Ganímedes, proyecto que usted deberá comunicar en seguida a los suyos para que vayan haciéndose a la idea de que el soberano de la Tierra les visitará.

Bunsen ocultó una incipiente sonrisa burlona.

—Me obliga a pensar que el nuevo Sublime tiene miedo.

—Eso es lo último que Ernut Lan desea que piensen de él —replicó Lan rudamente—. Si así lo cree, lo echará usted todo a perder.

—Está bien —asintió Bunsen—. Voy a creérmelo todo. Tiene que haber algo de verdad en todo esto. No veo la forma en que usted obtendría algún beneficio engañándome. Ni tampoco Ernut Lan haciéndole venir ante mí alcanzaría mucha ventaja. Esté seguro que diré ante el Sublime toda la verdad, aunque esté rodeado de su gobierno completo y me estén apuntando una docena de desintegradores.

Lan, satisfecho, se levantó para estrechar la mano que le tendía Bunsen. Empezaba a caminar hacia la puerta cuando otra se abrió al fondo del despacho y una mujer penetró resueltamente. Al ver a Lan se quedó parada, mirándole un poco confusa.

—Oh, perdóname, Carl —murmuró la joven—. Pensé que ya estabas solo.

—Ya se iba el señor Stan, querida —sonrió Bunsen. A Lan dijo—: Confío en verle mañana.

Lan, rogando que su palidez no fuese notada, replicó:

—Desde luego.

Y se marchó después de echar una leve mirada, que hubiera querido fuese más detenida, a Yana.

Regresó al hangar donde le esperaba el vehículo sin darse cuenta que tomó un taxi y anduvo por las calles. Estaba anonadado. La vertiginosa vuelta a la base subterránea por el túnel transcurrió como una pesadilla. Lan se encontraba poco después en la cama, pensando aún profundamente en la inesperada presencia de Yana en el apartamento de Carl Bunsen.

* * *

Amanecía cuando Lan, en medio de un sopor, escuchó el llamador con cierta insistencia. Desde el lecho permitió que la puerta de sus habitaciones particulares se abriese.

Entraron media docena de servidores que le ayudaron a vestirse después de tomar un baño. Lan tenía los ojos enrojecidos por una noche de insomnio. Recurrió a los estimulantes para volver a encontrarse en forma, pero del desayuno que le sirvieron sólo pudo tomar un sorbo de café.

Inmediatamente solicitó una llamada prioritaria con el Refugio Orbital. Quería asegurarse que la mujer que viera en el apartamento de Carl Bunsen no era Yana.

Con impaciencia, estuvo varios minutos sentado delante de la pantalla, hasta que al fin el rostro de una operadora apareció en el cristal. Estaba un poco nerviosa al tener que decirle al Sublime:

—Lo siento. No respondía el código solicitado y pedí informes al Centro. Según parece, señor, una nave abandonó ayer Refugio Orbital. Aterrizó en el norte de África por la tarde.

Lan apagó la pantalla de un manotazo. Se sentía Irritado. No cabía ya duda alguna que Yana era aquella mujer que sólo vio por unos segundos, pero cuyo rostro, si la mente no le jugaba una mala pasada, era el de su amada.

Terminó de vestirse y salió de sus habitaciones privadas. Fuera le esperaban dos soldados armados que empezaron a caminar detrás suyo. El ministro Lecuoc acudió a su encuentro, preguntándole si deseaba alguna cosa.

—Nada, realmente —respondió Lan—. Sólo deseaba conocer esto un poco. Siempre escuché hablar muy bien de la base a mi padre.

Lan comprendió que tenía que dejar para otra ocasión la visita. Las dimensiones de la base eran extraordinariamente grandes. Allí podía albergarse un ejército entero y parecer que no había guarnición. Regresó a sus habitaciones, acomodándose en el despacho. Allí le aguardaba Einhert, con el rostro no muy alegre.

Después de los saludos de rigor, el Gran Ministro dijo:

—El delegado Carl Bunsen acaba de llegar, señor. ¿Sigue deseando entrevistarse con él?

—No suelo cambiar fácilmente de opinión, Einhert. ¿Ha venido solo?

Einhert miró a Lecuoc extrañado y luego preguntó a Lan:

—¿Es que tenía que venir con alguien más?

—Hágale pasar. Y déjenos solos.

—Pero… —empezó a decir Einhert.

Lan miró a Lecuoc.

—Estoy seguro de que no correré peligro, señores. Los hombres de Lecuoc se habrán encargado de quitar de encima de Bunsen hasta su encendedor. Pueden aguardar fuera, si lo desean. Es posible que les necesite para pedirles consejo.

Los dos hombres se retiraron y minutos después, Carl Bunsen penetraba en el despacho de Ernut Lan. Miró al Amo y Señor fijamente antes de saludar con una inclinación de cabeza. Al cerrarse detrás de él las pesadas puertas de acero, se aproximó a la mesa, soportando el examen que de su persona estaba haciendo Lan.

Lan intentò reprimir la súbita antipatía que sentía contra el Delegado de las lunas de Júpiter. Pensó que debía dejar a un lado sus sentimientos personales.

—Siéntese, delegado Bunsen —dijo, señalando un sillón.

—¿Estamos realmente solos, señor? —preguntó Bunsen.

—Desde luego. ¿Lo pregunta porque teme que nos espíen mis fieles ministros? —al asentir Bunsen, Lan añadió—. No se preocupe. Este despacho fue de mi padre y tuvo la precaución de dotarlo con un

sistema aislador perfecto. Podemos hablar con toda tranquilidad.

—De acuerdo. ¿Es cierto que el hombre que ayer me visitó en mi apartamento era un enviado suyo?

—No era un enviado mío.

Carl hizo una mueca. Consternado, preguntó:

—Pero usted parece saber que alguien me avisó ayer que esta mañana iba a recibir una orden suya para presentarme en un cuartel de la Inteligencia y Seguridad, ¿no? Me han traído aquí con los ojos tapados y taponados los oídos. ¿Quién era ese tipo? Parecía conocerle a usted mucho...

Lan esbozó una sonrisa, ofreció cigarrillos a Bunsen, quien negó con la cabeza. Al insistir sobre licores, el otro aceptó una copa de coñac.

—Yo fui quien le visitó anoche, delegado Bunsen —dijo Lan.

La copa estuvo a punto de escurrirse de entre los dedos de Carl.

—Se burla de mí —dijo.

—No, de ninguna forma. Se lo digo para que exista entre nosotros una confianza mutua. El haber yo ido personalmente a su apartamento, indica que deseo una comprensión total, carente de recelos. Desde luego, fui disfrazado.

—¿Me permite que lo dude?

—Es ilógico que lo haga. Le diré para que me crea que la muchacha que estaba con usted y salió cuando yo me marchaba, se llama Yana —Lan sabía que corría el riesgo de equivocarse y echarlo todo a perder.

—¡Ah! ¿La conoce?

—Sí, pero dejemos eso ahora. Así sabrá que fui yo.

—¿Por qué lo hizo?

—Espero demostrarle de esta forma que yo, al suceder a mi padre, deseo entablar una política diferente con las lunas.

Carl Bunsen dejó la copa vacía y sonrió levemente.

—¿No piensa que puedo imaginarme que nos tiene miedo?

—Corro el riesgo. No estoy ignorante respecto a la política que llevaron con ustedes los anteriores Ernut. Es posible que los dos primeros se equivocasen, pero mi padre empezó a adivinar la verdad de todo y ya comenzó haciendo unas concesiones a ustedes.

—¿Con qué fin?

—Tal vez para ganar tiempo. Debió adivinar lo que iba a pasar. A mí me dejó todo detalladamente explicado de forma que sólo yo pudiese comprenderlo. Y le advierto, Bunsen, que no tengo temor alguno. Sólo deseo evitar el desastre. Un desastre que sería igual para la Tierra, Venus y Marte que para ustedes.

—¿Qué se propone realmente, Sublime?

—Ya le anticipé algo. Deseo ir con usted a Ganímedes y ultimar detalles con sus jefes.

—Desearía conocer algo de sus proyectos.

—Por el momento, sólo necesita saber que en unos días partiré con usted a Ganímedes. Por lo tanto, anuncie secretamente mi llegada. Usted me acompañará.

Bunsen miró pensativamente al hombre más poderoso del sistema. Realmente se sentía desconcertado. Durante el viaje al refugio subterráneo había estado meditando acerca de las verdaderas intenciones de Ernut Lan. Se preguntaba sin cesar si podía creer en sus buenos propósitos o si en aquel comportamiento insólito del Amo y Señor no encerraba una jugarreta artera.

—¿Qué piensa, delegado? —preguntó Lan.

—Me pregunto si su gobierno, señor, está al corriente de sus proyectos y dan su conformidad.

—Sólo saben parte de mis intenciones —sonrió Lan—. Por supuesto que no están muy contentos, pero quien manda soy yo, no ellos.

Carl vivía en la Tierra desde hacía años. Conocía, o al menos creía conocerlo, el sistema de gobierno imperante. En realidad el fallecido Amo y Señor, Aen Arnut, a veces tenía que ceder ante las presiones de sus ministros, aunque creyese lo contrario. ¿Se había dado cuenta aquel joven de los enemigos dentro de su propia casa?

—Me permito recomendarle prudencia, señor —dijo Bunsen—. Si sigue teniendo los mismos consejeros que tuvo su padre, repele de

ellos.

Lan recordó las notas secretas dejadas por su padre y que él estudió. Aunque no muy claras, dejaban entrever algo de lo que Bunsen insinuaba.

—Gracias por su consejo, delegado —asintió Lan—. Ahora, si no le importa, haremos un poco de teatro. Diré a mis ministros que entren para acordar con ellos los pormenores del viaje.

Bunsen tosió y Lan alzó hacia él la mirada, deteniendo su movimiento de conectar el comunicador. Interrogó al delegado con la mirada.

—Antes de que estén ellos delante me gustaría saber si no tiene inconveniente en que una persona nos acompañe, señor.

Lan se puso en guardia al preguntar:

—¿Quién es?

—Usted parece conocerla, y me gustaría saber cómo la conoció. Se trata de esa joven que vio en mi oficina. De Yana Bunsen.

El pulgar de Lan, acariciando el conmutador, terminó por hundirlo. Lentamente, como si calculara sus palabras para no dejar traslucir su estado de ánimo, respondió:

—Conocí a Yana en una fiesta en Marte, cuando yo vivía allí bajo otra personalidad. Nadie sabía que era el hijo del Amo y Señor, su heredero. No sabía que fuera su hija. Por supuesto, puede acompañarnos.

Lan adivinó en la expresión del delegado que a éste le costaba trabajo no hacer más preguntas referente a aquel asunto. Terminó llamando a Oblister, a Lecuoc y a Einhert.

El Gran Ministro penetró primero, escudriñando con su mirada huidiza el ambiente del despacho, como queriendo percibir en el aire lo que allí se había discutido en secreto.

—Señores —empezó diciendo Lan—, el delegado Bunsen y yo hemos llegado a la conclusión que para las relaciones entre los Imperios Terrestres y las lunas de Júpiter, sería conveniente una reunión a alto nivel en Ganímedes. Por lo tanto, vamos a discutir ahora mismo los detalles del viaje. Deseo que sea cuanto antes.

CAPITULO V

Seis días después de la entrevista de Lan con Carl Bunsen, del astropuerto militar del Ártico partían once naves. Una de ellas era la *Magna,* acorazado insignia de la flota terrestre, en el que viajaban Ernut Lan, Bunsen y Yana. Las otras diez eran cruceros ligeros, recién construidos y llenos de poder ofensivo.

Lan embarcó minutos antes que lo hicieran Carl y su hija. Sabía que su encuentro con Yana era inevitable, pero deseaba retrasarlo todo lo posible.

Einhert llevaba unos días de un humor de perros, que sólo ante la presencia de Lan trataba de mitigar. No había cesado de hacerle desistir de su propósito, clamando constantemente que el viaje a Ganímedes constituía una completa locura.

Todo el sistema había conocido cuatro días antes de la partida los proyectos del Amo y Señor de trasladarse a las lunas de Júpiter en viaje de buena voluntad, para poner fin a la tirantez existente entre los satélites y gobierno de la Tierra.

Si al principio la noticia fue acogida con estupor y sorpresa, la gente, cuando calculó los posibles resultados, no dudaron en aplaudir la iniciativa del nuevo Sublime.

Incluso Lan estaba un poco confuso ante el eficiente trabajo realizado por Lecuoc y su ministerio para difundir la noticia del viaje. En un principio había creído que Lecuoc iba a realizar una labor pobre para que todo el mundo conociera sus proyectos. No sabía lo que era exactamente, pero Lan pensó que sus ministros tratarían de ocultar el viaje.

Tuvo que reconocer que estaba equivocado, al menos en eso. Pero aquello no le hacía cambiar de opinión en cuanto a sus colaboradores, antiguos consejeros de su padre.

Apenas se habían alejado de la Luna cuando Lan pidió a Carl Bunsen que acudiese a sus habitaciones. Tan pronto se hubieron acomodado, Lan dijo:

—Aquí podemos seguir hablando con la misma tranquilidad que

lo hicimos la primera vez —sonrió—. Bueno, debería decir la segunda.

—¿Está seguro, señor?

—Desde luego. Sé que esta nave la hizo construir mi padre hace treinta años y está dotada con los mismos sistemas de seguridad que mis habitaciones privadas en la Base. Y así lo creo porque Oblister sugirió que utilizara otro acorazado más moderno para el viaje. Pero yo insistí en el viejo *Magna*,

—Ya no se construyen navíos de guerra tan grandes.

—No, y es que los conceptos de la guerra en el espacio, a pesar de tener tan poca experiencia en ella, están quedando anticuados cada día que transcurre.

—¿Para qué me hizo venir?

—Quiero que me hable de los hombres con quienes tengo que hablar en Ganímedes.

Carl se acomodó en el sillón y cerró por unos segundos los ojos.

—En realidad no disponemos de gobierno oficial, por que la Tierra siempre nos lo prohibió, señor —dijo Carl—. Pero oficiosamente, tenemos un líder, que está sobre los concejos municipales. Se llama Serku y tiene unos sesenta años. Luchó en las primeras guerras y, francamente, el odio hacia la Tierra y los Ernuts le corroe. Pero es inteligente y creo que colaborará con usted... si llega a fiarse de sus palabras. Le recomiendo que se granjee su amistad desde el primer momento, señor. El segundo en importancia, y un poco más moderado, es Docurle, un gran amigo mío. Siempre me apoyó en las veces que pedí calma. Pero no se fíe. Llegado el momento, será el primero en tomar las armas si considera que la seguridad de las lunas está en peligro. Todo el elemento joven le idolatra y marchará detrás de él, si lo pide, a la misma muerte.

Como parecía que Carl había terminado de hablar, sonriendo burlonamente, Lan dijo:

—No se olvide de hablarme de Alvar.

Carl palideció.

—No pensé que supiera de él —musitó.

—¿Por qué no? Incluso mi padre ya tenía noticias de él. Sé que es el tercero en discordia dentro del gobierno de las lunas más radical.

Para él sólo existe la salida de una guerra total.

—Es cierto —gruñó Carl—. Iba a hablarle de Alvar de todas formas, se lo aseguro. Alvar es el único que puede indisponer a la juventud con Docurle. Desde hace años pregona una especie de guerra santa contra la Tierra y apenas si conseguimos mantenerle a nuestro lado a fuerza de promesas vagas.

—¿Cómo cree que habrá recibido la noticia de mi llegada?

—Lo ignoro. Alvar es introvertido. Nadie puede prever sus reacciones. Quizá esté sorprendido.

—¿Podré llegar a un acuerdo con él también?

—Dependerá de lo que le ofrezca.

Lan abrió las manos. Parecía súbitamente cansado.

—Dejemos las ambigüedades a un lado de una vez por todas, Carl. Usted y yo sabemos la verdad de todo. No pretendamos seguir con ese juego, como si cada uno de nosotros pensara que el otro es un ignorante. Yo le voy a enseñar mis cartas.

Carl levantó la mirada hasta los ojos de Lan. Permaneció en silencio y el joven dijo:

—Las lunas tienen la energía que en la Tierra se está agotando desde hace años. En Calisto y Ganímedes hay poder magnético para los siglos, hasta que descubramos una nueva fuente, o hasta que podamos ir a las estrellas de la misma forma que hoy vamos de un lado a otro del sistema solar. Ustedes saben eso y se sienten poderosos, conscientes que tarde o temprano la Tierra tendrá que doblegarse e implorar. Para que eso llegue sólo tienen que esperar unos años, hasta que en la Tierra, Marte o Venus no quede un gramo de materia radiactiva. No les creo tan tontos como para pensar que nosotros lo ignoramos. Tal vez pretendemos no darle mucha importancia a sus fabulosos yacimientos, porque caemos en el mismo defecto que ustedes: pretendemos fingir una postura arrogante para no delatar nuestra debilidad, creyendo que ustedes no han alcanzado aún a conocer la verdad.

»Esto sucede desde el gobierno de Ernut. Ton. Cuando mi padre subió al poder heredó el terrible problema, Ya había habido una guerra contra las lunas porque pretendían la independencia. Si no fueron destruidas fue porque eso hubiera significado acabar con la única fuente de reserva energética del sistema Solar. Mi padre salvó la

situación otorgándoles algunos privilegios, pocos, que les aplacaron por algún tiempo. Todo fue secreto, para que el pueblo no supiera de la debilidad de Aen Ernut, quien además tenía que enfrentarse a una serie de ministros que sólo ambicionaban riquezas y exigían mano dura contra ustedes.

—¿Cómo podían pretender los ministros de su padre, los que usted tiene ahora, una guerra contra nosotros? —preguntó Carl—. ¿Es que ignoran la escasez de energía en la Tierra?

Lan movió la cabeza.

—No sé qué pensar de eso. Usted me sorprende realmente. Cuando me enteré de la muerte de su padre y se comunicó al pueblo que su hijo, Ernut Lan, a quien apenas se conocía, iba a sucederle, pensé que éste iba a ser sólo un juguete en manos de los ministros, militares y consejeros. Lo cierto es que aún no sé si alegrarme o no por haberme equivocado.

—No le entiendo yo ahora...

—Es fácil. Tal vez usted esté lleno de buenos propósitos, pero carece de experiencia. Puede cometer graves errores.

—Es posible. Pero tengo una gran ventaja. Mi padre me dejó, en forma cifrada, todos sus pensamientos. El no era tonto como muchos de sus colaboradores pensaban. Incluso, de haber vivido más tiempo, hubiera dado una gran sorpresa al mundo entero.

—¿Qué tipo de sorpresa?

—Empezó a adivinar que alguien estaba traicionándole. Puede ser una sola persona o un grupo de ellas, pero desde luego que estaba íntimamente relacionada con él. La muerte le sorprendió cuando, seguramente, hubiera podido enterarse de todo. Incluso me inclino a sospechar que su muerte no fue natural.

—¿Y usted confía en terminar el trabajo de su padre?

—Sí. El me ofreció la oportunidad de dejarlo todo y vivir una vida anónima, llena de lujos. Todo me lo dejó preparado para huir. Desde mis habitaciones privadas en la Base, en lugar de elegir el túnel que me condujo hasta la ciudad donde le vi bajo la personalidad de John, pude haber tomado otro camino con una identidad distinta. Ernut Lan hubiera desaparecido para siempre.

—Pero eligió el camino duro, ¿eh?

—Así es. Comprendí que no hubiera podido vivir como un simple ciudadano más, dejando que la historia siguiera su curso sin mi colaboración.

—¿Ambición?

—Yo lo llamaría curiosidad. Tenía interés en conocer el final personalmente y no como mero espectador.

—Parece ser que el mundo tiene un concepto muy erróneo de la dinastía Ernut —sonrió socarronamente Carl.

—¿Lo dice por los títulos que mis antepasados se otorgaron? Izzlu Ernut, el primero de la dinastía, al adueñarse de la Tierra comprendió que solamente implantando un régimen fuerte podría restablecer la paz y comenzar la construcción. Se otorgó una serie de títulos, cuantos más mejor. Eso intimida a la gente y hace que sus enemigos les teman más. Sólo fue un ardid psicológico Le juro, Bunsen, que si mis proyectos se ven coronados por el éxito, pienso hacer grandes modificaciones —sonrió—. Incluso celebraré un referéndum mundial para implantar un nuevo sistema.

—¿Democracia?

—¿Por qué no ese título? Durante siglos se ha estado utilizando la palabra democracia para encubrir sistemas totalitarios. Sería una sorpresa que surgiera de forma auténtica ahora, nacida de un régimen dictatorial.

Siguieron hablando durante largo rato aún. Sutilmente, Lan llevó la conversación por derroteros más íntimos, hasta terminar hablando de Yana Bunsen.

Carl, según dedujo Lan por sus manifestaciones, pensaba que su hija había mantenido con él relaciones íntimas en Marte, pero no sospechaba que éstas habían durado largo tiempo, hasta que en el Refugio Orbital fueron interrumpidas por la llegada de la Delegación encabezada por Einhert.

Como hombre moderno y sobre todo perteneciente a la sociedad avanzada de las colonias lunares. Carl no pareció dar al hecho la menor importancia. Tan sólo captó Lan en las palabras de Bunsen una sombra de preocupación por las consecuencias que a su hija pudieran acarrearle en un futuro haber sido la amante del Amo y Señor de los Imperios de la Tierra.

Lan se despidió de Bunsen. Cuando estuvo solo, se tendió en la

cama y pensó en Yana. Sintió necesidad de ella. Se preguntaba si la muchacha también pensaba en él en aquellos momentos. Estaba cansado y decidió dormir, aunque para lograrlo tuviera que tomarse una pastilla. ,

En aquel momento llamaron a la puerta y Lan conectó el visor. Al otro lado estaba Yana. Aceleradamente,

Lan le franqueó la entrada. La muchacha se arrojó en sus brazos y él la apretó con fuerza. .

Después de besarse largamente, Lan preguntó si acaso había adivinado sus pensamientos.

—¿Es que pensabas en mí? —sonrió ella.

—Sí, me sentía muy solo.

—¿Solo tú, el hombre más poderoso de la Tierra? —ironizó Yana —. No te creeré si me juras que me has echado de menos. Si necesitabas una mujer, podías elegir entre millones. Tus eunucos imperiales podían facilitarte todas las que quisieras.

Lan rió con ganas.

—Entonces será inútil decirte que la última que vi fuiste tú, en el Refugio Orbital.

—De todas formas, me gusta que me lo digas. Me complace.

Lan la condujo suavemente hasta su dormitorio, la tomó por la cintura y la hizo tenderse en la cama.

Minutos después, serenados y felices, Lan le puso entre las manos una copa de licor, preguntando :

—Me duele que no me hubieras dicho que eras la hija del delegado de las lunas. Eso me hubiera evitado malos pensamientos, cuando te vi en el despacho de tu padre. Pensé...

—¿Que era la amante de Carl Bunsen? —rió ella. Al asentir Lan, añadió— : Volví a la Tierra porque me sentí demasiado sola allá arriba, con las estrellas por compañía. Pensé estar unos días, porque comprendí que ibas a tardar bastante en regresar conmigo, con mi padre. Entonces él fue llamado a tu presencia y al volver me dijo que íbamos a Ganímedes. El hecho de viajar a tu lado me gustó. Sabía que tarde o temprano, durante el viaje, podíamos tener alguna oportunidad de volver a vernos.

Esto no durará mucho. Dentro de ocho días estaremos en la luna —dijo Lan sorbiendo de su copa—. Para entonces estaré tan ocupado que no sé cuándo volveré a tener un momento libre.

—Dice mi padre que los cruceros no aterrizarán con nosotros. Sin embargo, el ministro Einhert, Oblister y Lecuoc, viajan en otra nave. ¿Acaso no te acompañarán?

—Sí. Ellos descenderán en una chalupa. Einhert lo dispuso así, porque considera que será una buena impresión para los colonos. Pero olvidemos eso. ¿Te echará tu padre de menos?

Ella se apretó contra él, cerrando los ojos.

—No. Le dejé jugando una partida de ajedrez con el capitán. Y mi padre necesita más de media hora para mover una figura.

* * *

Cuando tres días más tarde, faltando otros tres para alcanzar Ganímedes, las naves sufrieron un defecto en su trayectoria que las alejaron de la *Magna* más de cien mil kilómetros, Lan comenzó a sospechar que algo estaba sucediendo que no era totalmente de su agrado.

El capitán Fergunson abandonó su vigésima partida de ajedrez con Carl Bunsen y acudió presto al puente de mando. Frunció el ceño ante los datos que sus ayudantes le proporcionaron y no dudó un segundo en rogar al Sublime que hiciera acto de presencia en el punto neurálgico del navío.

Fergunson había sido durante quince años el capitán del *Magna*, heredando el puesto del capitán Dalium, quien empezó sirviendo en otra nave a Ernut Ton. Aen Ernut le seleccionó personalmente después de un detenido estudio de una larga lista de aspirantes presentada por Lecuoc. En realidad, ninguno de los componentes de la lista le agradó. Pensó que todos ellos eran fieles al ministro de Inteligencia y Seguridad y nunca lo serían del Amo y Señor.

Un día se presentó en una base estelar y convocó a los oficiales. Aquel suceso puso nervioso a todo el mundo. Pidió al comandante de la base que se presentasen los oficiales más competentes. Charló con varios de ellos en privado y finalmente se decidió por elegir a Fergunson.

El cambio de impresiones que tuvo Aen Ernut con Fergunson le complació. Sabía que en Fergunson podía contar con un fiel

colaborador de por vida. A nadie más deseaba confiar el mando de su acorazado Magna, en donde él se sentía seguro.

Lan sabía aquella historia y no prestó atención a la sugerencia de Lecuoc cuando éste le aconsejó la conveniencia de cambiar la tripulación, bastante veterana, por una más joven y eficiente. Contestó al ministro que si a su padre le había ido bien aquella tripulación, también podía pasarle igual a él.

Lecuoc no había olvidado aún que Aen Ernut, hacía años, se negó a aceptar ningún oficial de la lista que él le proporcionó para sustituir al fallecido capitán Dalium. Por algún tiempo temió que el Amo sospechara que él había pretendido colocar en tan importante cargo a un hombre de confianza. Siempre guardó un vivo resentimiento por aquello.

Y cuando al fin creía poderse ver libre de la presencia de Fergunson en el *Magna*, el jovenzuelo insistía en conservarlo con la misma terquedad característica que su padre.

Lan estaba desayunando con Yana cuando recibió el aviso procedente del puente de mando. Comprendió de inmediato que lo que él había estado temiendo desde hacía días, tomaba consistencia.

Desde hacía veinte horas conocía el alejamiento que estaba sufriendo la formación de cruceros. Mientras corría hacia el puente se preguntaba si lo que sucedía tenía relación con aquello.

CAPITULO VI

Al entrar en el puente de mando y observar el rostro preocupado del capitán Fergunson, Lan calculó que la situación era peor de lo que en un primer momento hubiera podido imaginarse.

Sólo necesitó mirar a Fergunson interrogativamente para que éste, sin rodeos, le contestara:

—Vamos a recibir un ataque, señor.

Lan se sintió observado por todos los técnicos que trabajaban en el puente. Permaneció sereno, sin inmutarse, esperando más aclaraciones por parte del capitán.

—Tres de los cruceros están aproximándose hacia nosotros a toda velocidad, en posición de combate —explicó Fergunson señalando una pantalla negra en la que destacaban tres puntitos rojos.

—¿Y las otras siete naves? —preguntó Lan.

—Se alejaron definitivamente. No aparecen en los detectores.

—¿A qué distancia se encuentran?

—Las tres naves deben estar a menos de diez mil kilómetros. El resto, indudablemente, a más de medio millón. El último contacto que tuvimos con ellas nos indicó que estaban acelerando.

Lan asintió. No quiso exteriorizar sus pensamientos, pero comprendía claramente las intenciones de sus enemigos. Sí, podía llamarlos así. Einhert, Oblister y Lecuoc habían puesto sus cartas boca arriba, mostrando su juego bastante antes de lo que había supuesto. Si había temido que ocurriese algo, nunca pensó que pudiera suceder antes de llegar a las lunas.

Habían escogido bien el momento para atacar. Estaban en un lugar del espacio donde no podían recibir ayuda de ninguna base terrestre, y eso pensando que las naves se decidiesen a acudir. Oblister

podía tener a las fuerzas armadas de su parte. Además, el mensaje iba a tardar demasiado en llegar. E incluso podía ser interferido por las naves que le perseguían y las demás que se habían rezagado.

El técnico en detección apuntó, como si estuviese comprendiendo los pensamientos de Lan:

—Ninguna de las que están cerca es la del mariscal.

Lan asintió. El trío era precavido. Si algo salía mal podían defenderse diciendo que ellos no se habían enterado de nada, que por fallos en la trayectoria se vieron forzados a rezagarse, Einhert y sus secuaces mostraríanse asombrados ante el acto de rebeldía de las tres naves.

Pero era difícil que el ataque fallase. El viejo acorazado *Magna* era poca cosa ante los tres cruceros pesados que le seguían. Eran modernos y disponían del armamento más reciente, mientras que el *Magna* aún utilizaba torpedos que carecían de dispositivo anti-interferidor. Y los proyectores de energía no tenían el mismo alcance que los cruceros.

Lan se volvió a Fergunson.

—¿Qué posibilidades tenemos, capitán?

—Aún cabe la esperanza que nos hayamos precipitado en nuestras conclusiones, señor. Tal vez no deseen atacarnos... Pero si deciden no saldremos de ésta. ¿Ordeno zafarrancho de combate?

—Desde luego —asintió Lan—. Y que den toda la velocidad que puedan a este cacharro.

El capitán se marchó a impartir órdenes. Cuando regresó al lado de Ernut Lan, dijo:

—Si tenemos suerte podemos evitar que nos ataquen por dos días, señor. Ellos no dispararán hasta que no nos tengan a una distancia inferior a mil kilómetros.

—Pero sus naves son más veloces.

—Sí, pero hemos tenido suerte de descubrirlos a tiempo. Les costará cazarnos.

Lan miró los puntos rojos de sus perseguidores, pensando que al final, aunque ganasen algún tiempo, el desastre sería el mismo. No tenían escapatoria.

Permaneció en el puente más de dos horas. En ese tiempo los cruceros acortaron la distancia en unos quinientos kilómetros. Pero a medida que transcurría el tiempo el aumento sería paulatino. Aunque el capitán no se lo dijo, Lan leyó en los ojos de Fergunson, después que éste hiciera unos cálculos, que antes de cuarenta horas estarían bajo el alcance de las armas de los tres cruceros. Entonces todo se acabaría.

Lan se retiró. Bajó hasta el salón, en donde se encontró con el delegado Bunsen. En pocas palabras le expuso los hechos.

—¿Lo sabe Yana? —le interrogó Carl enarcando una ceja.

—No la he visto desde que me llamó el capitán —resopló Lan.

—¿Esperaba una cosa así por parte de sus ministros?

—Sí, pero no tan pronto. Confiaba en haberlos sorprendido con mi decisión de ir a Ganímedes. Pensé que iban a tardar más en reaccionar. Me equivoqué.

—¿Qué pueden pretender? —preguntó Carl jugando con los adornos de su chaqueta.

—Impedir un entendimiento con los suyos, delegado.

—¿Por qué no pide ayuda?

—No llegarían a tiempo. Están demasiado lejos las bases. Y aunque así no fuera, estando el mariscal Oblister metido en la conjura, es probable que tenga de su parte a los oficiales.

Después de un largo rato de silencio, Carl sugirió:

—Podemos pedir ayuda a Ganímedes y Calisto.

Lan levantó la mirada sorprendido.

—¿Podrían hacerlo?

—Creo que sí. ¿No ha dicho usted que nos darán caza a un día de Ganímedes? Si mis compatriotas reciben un aviso inmediatamente, podrán disponer sus naves y alcanzarnos antes que estemos a tiro de los cruceros,

Lan estaba perplejo. ¿Insinuaba Bunsen que los colonos de las lunas disponían de naves capaces de enfrentarse a los cruceros terrestres? Y si era así, ¿cómo es que corría el riesgo de confesárselo? ¿Acaso Bunsen no deseaba morir junto con su hija en aquel viejo

acorazado?

—¿Acudirían los suyos en nuestra ayuda?

Carl miró a Lan fijamente al responder:

—Confío que sí. Pero ordene que no digan en el mensaje que usted viaja conmigo y mi hija.

—¿Por qué? ¿Es que no se decidirían a socorrer esta nave si supieran que yo viajo en ella?

Carl trató de no mirar a Lan fijamente.

—Es mejor ser precavidos, señor. No sabemos quién puede captar el mensaje.

—Entre su gente —suspiró Lan— hay quien se pondría muy contento si yo desapareciera. Sería una locura.

—¿De verdad?

—No creo que ningún ser de Calisto o Ganímedes desee mi muerte. Eso supondría una excusa para que la Tierra declarase la guerra a las lunas. Y toda la población estaría de acuerdo. No, no puedo creer que sus compatriotas deseen mi muerte... Al menos por ahora.

—No hablo en términos generales, señor. En todas partes existen elementos radicales, ultranacionalistas.

—¿Alvar?

—El bien podría ser uno de ellos. Pero dejemos eso. ¿Está conforme en enviar una llamada de auxilio a Ganímedes?

Lan sonrió.

—Aunque debería creer que no podrán ayudarnos, porque se supone que en las lunas carecen de naves de guerra, estoy de acuerdo.

—Bien. Le redactaré un mensaje —dijo Carl tomando un papel.

Escribió rápido y se lo entregó a Lan cuando hubo terminado, quien lo leyó despacio.

Al concluir, dijo:

—Es conciso, pero vale. No se extiende en muchos pormenores, aunque creo que entenderán sus compatriotas que si no se dan prisa

nunca podrán llegar a Ganímedes. Me gusta el ardid al decirles que la expedición sufrió un error de navegación y cada nave tomó un rumbo, que yo viajo en otra.

Antes de marcharse Lan, Carl dijo:

—Si tenemos suerte, las tres únicas naves de que disponemos podrán despegar con suficiente armamento. Apenas tenemos.

Pero Lan notó las palabras de Carl cargadas de burla. Los colonos debían estar sobrados de armas. Tenían que ser mucho más fuertes de lo que él pensaba.

* * *

A pesar de encontrarse a más de medio millón de kilómetros de las naves que perseguían al Magna. Einhert, Lecuoc y Ablister seguían por medio de una pantalla visora conectada por medio de onda láser, todos los incidentes de la huida hacia Júpiter del viejo acorazado.

—Dentro de unas horas les darán alcance —sonrió Oblister—. Y ese viejo trasto no tendrá tiempo de utilizar su armamento siquiera.

—No debimos demorar tanto el ataque —opinó Lecuoc seriamente—. Hemos corrido el riesgo de perderlos de vista.

—Era preciso que estuvieran cerca de las lunas, amigo —intervino Einhert—. Así podremos decir que fue un ataque de los colonos.

—¿Pero creerán en la Tierra que ellos tienen naves de guerra? —preguntó Lecuoc no muy convencido.

—La gente se cree siempre lo que los gobernantes desean, si se actúa con inteligencia. Pronto toda la Tierra deseará la guerra contra Ganímedes y Calisto —aseguró Einhert—. Deseará vengar al Amo y Señor, en quien ya ven un gobernante más democrático que sus antecesores. Todo saldrá bien.

Los tres hombres, reunidos en la cabina del Mariscal, siguieron mirando la pantalla. El objetivo estaba situado en una de las tres naves que perseguían al *Magna* y ya podía apreciarse la silueta del acorazado gracias al aumento visual.

Al fondo, Júpiter, gigantesco y multicolor, aparecía como un mudo espectador de la inminente batalla.

Oblister, después de mirar su cronómetro, anunció?

—Ahora comenzará el ataque.

—Creo que el *Magna* está tomando posición de combate —susurró Lecuoc.

—Era de esperar. Saben que no tienen escapatoria y han decidido morir luchando.

—¿Por qué no se ha amotinado la tripulación? —argumentó Lecuoc—. Ha debido pensar que sólo buscamos al Sublime.

—No sabemos si han intentado comunicarse con los tres cruceros —replicó Einhert encogiéndose de hombros—. Estos no podían contestar porque tenían órdenes de no hacerlo. Nuestros planes son acabar con todos los que están a bordo del acorazado y culpar a los colonos. De todas formas, la tripulación era demasiado fiel a los Ernut. Me alegro que el estúpido de Fergunson desaparezca. Era demasiado molesto realmente.

Callaron porque los tres cruceros estaban empezando a maniobrar con el fin de separarse entre sí para comenzar el ataque ofreciendo poco blanco.

* * *

Carl Bunsen solicitó permiso para estar en el puente de mando y Lan se lo concedió. Le vio llegar y le hizo señas para que se colocase junto a él detrás del asiento del capitán Fergunson.

—Los suyos se retrasan, delegado —le dijo Lan después de saludarle.

—Nunca aseguré que llegaran, señor.

—¿Sabe que ninguno de nosotros saldrá de ésta si no llegan sus viejas y casi desarmadas armas, Bunsen?

—Sí, lo sé.

—Lo siento por su hija. La pedí que se pusiera una escafandra y estuviese cerca de las cápsulas salvavidas. Si nos dan, aún tiene una posibilidad de que nuestros enemigos la rescaten. Con un poco de suerte puede volver a la Tierra.

El rostro de Bunsen se ensombreció.

—Ella me lo contó, pero me dijo que no pensaba utilizar el salvavidas.

Después de un embarazoso silencio, Lan dijo:

—Es terca. Hubiera deseado…

Sus palabras fueron interrumpidas cuando un operador de detección anunció roncamente:

—Nueve torpedos se dirigen hacia nosotros. Colisión dentro de cuarenta segundos.

—Los esquivaremos fácilmente —aseguró Fergunson— Son de un tipo lento. Con el escudo antimagnético podremos desviarlos.

—¿Eso es lo mejor que tienen sus cruceros? —sonrió Bunsen, irónico.

Lan emitió una expresión amarga.

—No se alegre. Sólo es una operación de tanteo. Pronto lanzarán al espacio los proyectiles de silicio y eso será otra cosa. Y también usarán los dardos energéticos, con los cuales el casco de esta nave se derretirá como mantequilla al fuego.

Pocos segundos después, los torpedos pasaron a varios kilómetros de la masa del *Magna* y el operador lo anunció.

—¿Qué pasa con nuestro armamento?

—Cuando llegue el momento oportuno el capitán ordenará que sean disparados todos nuestros proyectiles. Luego, a esperar.

—¿No usarán los dardos?

—No puede ser. Tenemos que usar toda la energía del crucero en fortalecer nuestro escudo protector.

—Pero… Eso significa que nos conformamos con una defensa pasiva. El enemigo puede disparar el tiempo que desee hasta que el escudo se rompa en un millón de pedazos —musitó Bunsen.

—Así es. Lo hemos estudiado todo estos últimos días y sólo nos queda resistir cuanto podamos. Tengamos confianza.

—¿En qué?

Fue ahora Lan quien sonrió irónico al responder:

—En sus amigos; en las naves que vendrán a ayudarnos de Ganímedes.

Y Bunsen, derrumbándose en el sillón, no volvió a abrir la boca.

—Ya comienzan a disparar los dardos energéticos —anunció el capitán.

Gritó a los técnicos que desviasen toda la energía producida en la nave al escudo y se volvió hacia Lan, indicándole con un gesto que sólo les quedaba esperar.

A partir de entonces el acorazado comenzó a sufrir una serie ininterrumpida de oscilaciones a consecuencia de los dardos energéticos que se estrellaban contra su escudo protector.

—¿Qué tiempo de seguridad plena nos queda, capitán? —preguntó Lan.

Fergunson pidió a un oficial una tabla de cálculo, tabuló en el computador y respondió cuando obtuvo la respuesta:

—Unos veinte minutos, señor.

—Gracias —fue la respuesta escueta de Lan.

Cerró los ojos e intentó no pensar en la suerte que les esperaba. Sus enemigos se le habían anticipado. Habían sido lo suficientemente listos para elegir el momento. Había sido un estúpido. Debió pensar, adivinar que no iban a consentirles llegar a las lunas, en donde realmente podía considerarse a salvo, pues los colonos eran los menos deseosos que le ocurriese algo.

Pero ya era tarde para recriminarse. Lan decidió que cuando pasaran unos minutos, cuando el escudo mostrase sus primeras debilidades, bajaría hasta el camarote de Yana. Allí, en el puente, no tenía nada que hacer ya.

El operador de detección casi se levantó de su asiento al anunciar gritando.

—Cinco naves se acercan a este punto. Poseen una trayectoria procedente de Ganímedes.

Lan ignoró la expresión alborozada de Bunsen y preguntó al operador cuánto tiempo iban a necesitar para estar a tiro de los cruceros atacantes.

—Treinta minutos, señor —replicó el operador quedamente, cuando hubo realizado las comprobaciones.

Bunsen se había levantado y volvió a desplomarse en su asiento, rezongando:

—Será demasiado tarde. Han llegado a tiempo… para ver como este acorazado es destruido.

Lan se acercó al capitán.

—Necesitamos ganar tiempo, Fergunson. Tenemos que distraer al enemigo.

—No veo cómo, señor…

—Dispare los dardos, aunque tenga que debilitar el escudo. Eso no lo esperan los cruceros y la sorpresa hará que dejen de atacarnos por unos minutos. Luego cambien la posición. Intentemos aproximarnos a los que acuden en nuestra ayuda.

Fergunson asintió. Sentía deseos de preguntar si evidentemente las naves recién detectadas llegaban en su ayuda o no. Pero obedeció a Lan.

El inesperado ataque del *Magna* sorprendió inicialmente a los cruceros, tal como pronosticara Ernut Lan. No duró mucho tiempo, pero sí lo suficiente como para ayudar a las naves que llegaban procedentes de Ganímedes.

Cuando los cruceros, después de eludir el ataque del Magna, quisieron reaccionar, se dieron cuenta que tenían delante cinco navíos que comenzaban a disparar proyectiles y dardos energéticos contra ellos, haciendo alarde de potencia y de disponer de una considerable reserva de energía.

Lan pidió al capitán que ordenase una retirada lenta del campo de batalla. Los cruceros iban a olvidarlos por el momento para defenderse de los recién llegados.

Gozando de cierta tranquilidad, el capitán Fergunson pidió que se encendiese la gran pantalla visora. Se aumentó la imagen de ésta cuanto permitían los teleobjetivos y desde el puente aquel grupo de hombres, abrumados hasta entonces por la idea de una muerte irremediable, observaban cómo las cinco naves daban buena cuenta de los tres cruceros.

Uno de ellos recibió el impacto de veinte dardos y tres proyectiles, convirtiéndose en seguida en una masa ígnea que persistió en el espacio el tiempo que consumió el oxígeno que contenía la nave. La segunda esquivó una andanada, pero no tuvo éxito con la siguiente.

Toda su popa estalló y con ella el sistema propulsor. Pero el daño era demasiado y docenas de cadáveres congelados se esparcieron alrededor de sus restos.

La última nave estaba algo más retirada y se dispuso a acelerar y huir. Una lluvia de proyectiles la siguió. Algunos llegaron a alcanzarla, aunque no mortalmente.

Los cinco navíos desistieron de su persecución. Se concentraron y activaron sus impulsores para acercarse al acorazado.

—No debieron considerar prudente alejarse demasiado de las lunas, capitán —opinó Carl Bunsen—. Recuerde qué el resto del grupo mandado por el mariscal Oblister no está lejos —luego, pensando, el delegado murmuró—: Tengo deseos de saber quién está al mando de ese grupo.

Se encendió el llamador del comunicador y una voz dijo:

—Les habla el comandante de la flotilla ganimedeana. ¿Pueden intercambiar imágenes?

Fergunson consultó a Lan con la mirada, quien le respondió con un asentimiento de cabeza.

Se iluminó la pantalla y un rostro masculino surgió de ella. La parte del cuerpo que ofrecía vestía un uniforme pardo, austero.

—Es Alvar —susurró Carl a Lan.

Ernut, adelantándose, se puso delante de la pantalla. Alvar se sonrió al identificarle.

—Gracias por su ayuda, comandante Alvar —dijo Lan—. Su intervención ha sido muy oportuna. Le agradecemos que respondiera a nuestra solicitud de ayuda.

—¿Cómo sabe mi nombre…? —descubrió en seguida a Carl Bunsen detrás de Lan y volvió a sonreír comprensivamente—. Debí pensar que el delegado Bunsen no contó la verdad. Ha sido muy astuto al no decirnos que viajaba con él el Amo y Señor, el Sublime Ernut Lan.

—¿Es que si hubiera sabido usted que yo estaba en esta nave no habría acudido en nuestra ayuda? —inquirió Lan.

—¿Qué piensa usted, señor?

—Prefiero no hacerlo.

—Sí, es mejor así. Sabemos que otras naves se dirigen hacia aquí. Ahora están a menos de medio millón de kilómetros. Tengo órdenes de escoltarles hasta Io. Ahí estaremos a salvo.

—¿Por qué en Io, Alvar? —preguntó Carl con suspicacia—. ¿No sería mejor ir a Ganímedes?

—Si estas naves nos persiguen tendrán que cruzar las órbitas de Ganímedes y Calisto —sonrió—. Y no creo que se atrevan a hacerlo siendo sólo siete. Allí estaremos algún tiempo, hasta que nos convenzamos de que se han marchado.

Lan prefirió no mirar a Carl. Tal vez en la mirada del delegado leyese un gesto de disconformidad con la propuesta de Alvar. Y él deseaba acatar la sugerencia del comandante ganimedeano. Había algo en la mirada de Alvar que lo mismo podía interpretarse como ladina que como amistosa y noble.

—De acuerdo, Alvar —asintió Lan—. Le seguiremos.

Pero procure arreglarlo todo para que pueda ver cuanto antes a Serku y a Docurle.

—Descuide, señor —respondió Alvar antes de borrar su rostro de la pantalla.

—¿No cree, señor, que hubiera sido mejor haber ido a Ganímedes? —preguntó Carl pensativo.

Lan se encogió de hombros.

—Es posible. Si lo dice porque no se fía totalmente de las intenciones de Alvar, a causa de su extremismo, recuerde que no podíamos hacer otra cosa. El tiene cinco naves que han sido capaces de vencer a tres modernos cruceros terrestres. Me pregunto si no sería capaz también Alvar de enfrentarse al resto del grupo de Oblister sin inmutarse.

Fergunson gruñó y masculló:

—Me gustaría saber cómo es posible que esos colonos hayan podido hacerse con naves armadas.

Lan invitó a Carl a salir. Aunque oyó las palabras del capitán, consideró que aún no había llegado el momento de responderlas.

A él también le hubiera gustado conocer la respuesta,

CAPITULO VII

Los visores instalados en uno de los tres cruceros fueron destruidos en los primeros instantes del fulgurante ataque de las naves ganimedeanas, con lo cual Einhert y sus compañeros carecieron desde entonces de la imagen directa de la batalla.

Horas más tarde, cuando la superviviente, con su sistema de comunicación averiado seriamente, se acercó lo suficiente al resto del grupo, por enlace directo el apesadumbrado comandante relató escuetamente al mariscal lo sucedido.

Oblister contuvo sus deseos de maldecir al oficial. Le ordenó que se ocupase de conducir su crucero hasta las bases marcianas y aguardase allí instrucciones.

—Una larga temporada en los cargueros orbitales le servirá magníficamente para que considere su incapacidad —rezongó el mariscal después de cortar la comunicación y volverse hacia Einhert y Lecuoc—. ¿Qué podemos hacer después de este desastre?

Einhert era, de los tres, el que parecía haber encajado peor el fracasado ataque. Su rostro estaba sombrío y tenso. En tanto, Lecuoc sólo aparecía un poco más pálido que de costumbre.

—¿Qué posibilidades existen de seguir a esas naves, alcanzarlas y destruirlas, además del acorazado? —preguntó el Gran Ministro.

—Casi ninguna —respondió Oblister moviendo la cabeza—. Ya hemos visto que han vencido sin tener ninguna baja. Aunque nosotros somos siete, es probable que no obtengamos ni una victoria pírrica. Están demasiado cerca de sus bases. Mi opinión es que llamemos varios escuadrones y ataquemos.

—Es obvio que Ernut Lan ya sospecha de nosotros o sabe con certeza que hemos tratado de matarle —asintió Einhert—. Ya no podemos retroceder. Sí, podemos pedir que la mitad de la Armada se concentre cerca de las lunas mientras esperamos acontecimientos. En

tanto que en la Tierra nada sepan, podemos estar tranquilos. Aún podemos anunciar que han sido los colonos quienes atacaron el *Magna* y nuestras naves, que salieron en su ayuda, fueron dispersadas por una flota procedente de Ganímedes, que al final destruyó el acorazado de Ernut Lan.

Lecuoc soltó una risita sardónica. Se volvieron hacia él, preguntando Oblister:

—¿Qué te pasa ahora? ¿Es que hay algo que te pueda causar risa? Yo no veo que…

—¿Os olvidáis que será difícil que en la Tierra se crean que los colonos disponen de naves más poderosas que nuestros cruceros?

—Es cierto —admitió Einhert ceñudamente—. No concibo que los colonos dispongan de tan buen material. ¿Cómo puede ser esto?

—Habrán modernizado viejas naves.

—Carecen de técnica suficiente.

—Es igual. El caso es que tienen buenas naves, lo cual es una desagradable sorpresa. Ojalá no dispongan de muchas —Oblister se levantó y se dirigió hacia la salida de la cabina—. Iré al puente. Allí intentaré que los detectores sigan la trayectoria de las naves coloniales y del crucero.

—Irán a Ganímedes —afirmó Lecuoc—. Ahora ese satélite es el más próximo.

—También están cerca de Io y Europa.

Cuando se hubo marchado, Oblister dijo al Gran Ministro:

—Calisto es el más alejado actualmente. No creo que den una vuelta alrededor de Júpiter. Pero irán a Ganímedes. Allí está el gobierno secreto de esos colonos.

—Es posible —respondió Einhert distraídamente.

—¿No estás preocupado?

—Mucho más de lo que puedas pensar, amigo. Es que medito. Pienso. Y las conclusiones que saco no me agradan.

—¿Qué es eso?

—Me pregunto qué dirá nuestro grupo cuando sepa que los

colonos son más fuertes de lo que pensamos, que tienen naves de guerra y hombres adiestrados para manejarlas con tanta eficacia o más que nuestros soldados. Se llevarán un gran disgusto. Tal vez se pregunten cómo los colonos obtuvieron sus armas. E incluso es posible que digan que alguien en la Tierra, alguien muy importante, se las proporciona.

Lecuoc se envaró y miró al Gran Ministro.

—¿Insinúas que adquieren las armas en la Tierra?

Einhert golpeó la mesa con el puño.

—Dejemos a un lado las tonterías, amigo. Es indudable que sólo un personaje, o un grupo de ellos, muy importante, puede suministrar a los colonos las naves y artillarlas. ¿Con qué fin? Eso me gustaría saber.

—El delegado Carl Bunsen —murmuró Lecuoc.

—No creo que sea él. ¿No lo tenías constantemente vigilado? Siempre decías que no podía andar un paso por la ciudad sin que tú lo supieras. Incluso averiguaste que la chica que estaba con Ernut Lan en el Refugio Orbital era su hija —sonrió con sarcasmo—. Pero eso sólo lo supiste cuando ella embarcó junto con su padre en el Magna, ¡Valiente organización la tuya, amigo Lecuoc! Bunsen no es tipo capaz de organizar una trama para lograr armas. Es un pobre idealista que perdió muchos años de su vida en la Tierra, apaciguando a sus compatriotas con sangre demasiado caliente.

—¿Quién puede ser, entonces?

—Alguien de nuestro reducido grupo, Lecuoc —rezongó Einhert —. Alguien que no parece conformarse con pertenecer al grupo que gobernará el Sistema Solar después de adueñarse de las riquezas energéticas de Ganímedes y Calisto. Al parecer pretende convertirse en un nuevo Amo y Señor con mucho más poder que el mequetrefe de Ernut Lan.

Lecuoc bajó la mirada y crispó los puños, silabeando:

—Si es cierto lo que dices te juro que lo averiguaré pronto. Tengo hombres míos en estas naves, en todas las de la Armada. No me subestimes, Einhert. No soy tan tonto. Mi Inteligencia y Seguridad es más fuerte de lo que piensas.

—¿Qué piensas hacer?

—Enviaré a mis ayudantes en la Tierra un mensaje cifrado para que comiencen a actuar. Si es cierto lo que supones, que alguien de nuestro grupo nos traiciona, pronto lo sabremos.

—¿Estás seguro? —sonrió socarrón el Gran Ministro.

—¿Lo dudas?

—Desde luego. No pongo en entredicho la eficacia de tus subordinados, pero sí que en tan poco tiempo consigan lo que no llegaron siquiera a sospechar en varios años.

—Nunca hasta ahora creí conveniente vigilar a los integrantes de nuestro grupo, Einhert. Pero ahora es distinto.

Einhert abatió la cabeza.

—Es cierto —dijo—. Recuerdo que se te exigió que no metieras a tus hombres en nuestras vidas. Todos estuvimos de acuerdo que era preciso nos tuviéramos una mutua confianza.

—¿Quién propuso tal cosa? —preguntó lentamente Lecuoc.

Ceñudo, Einhert replicó:

—Oblister, lo recuerdo bien. ¿Pero tú crees que…?

—Pronto lo sabremos. Ni Oblister será capaz de interceptar los mensajes de Inteligencia y Seguridad.

* * *

Para sorpresa de todos, en lo les esperaban el líder Serku y su segundo Docurle. Apenas se posaron las naves en el pequeño puerto espacial, Alvar condujo a Ernut Lan, Carl Bunsen y Yana a su presencia.

Serku era el mayor de todos. Debía tener unos cincuenta años o más, pero aún se veía fuerte y ágil. Era alto, moreno profundamente gracias a los rayos ultravioletas de los que tomaba diarias sesiones. A su lado, Docurle aparecía como un hombre de corta estatura, aunque fuese tan alto como Yana. Pero era de complexión débil, aunque poseía unos ojos negros y penetrantes, astutos.

Estaban en unas secciones excavadas en roca viva, en una montaña de granito que se alzaba junto al puerto, en cuya pequeña planicie las naves habían desaparecido. Alvar explicó a Lan que habían sido ocultadas en grutas convertidas en hangares, añadiendo:

—Por supuesto que no deseamos que se sepa en la Tierra que disponemos de tales elementos de combate. Se alarmarían.

Lan no respondió. Comprendió en la frase de Alvar una velada amenaza. Alvar había querido decir, sin proponérselo tal vez, que ya que Lan conocía algo del poder de los colonos, no podía salir de allí si las concesiones que estaba dispuesto a dar a los habitantes de las lunas no eran de su total agrado.

La habitación era cómoda, aunque sencilla. La ventana de grueso cristal les separaba de la atmósfera aún no apropiada a los humanos. En poco menos de cincuenta años confiaban los colonos en convertir a lo en un lugar tan acogedor como ya lo eran Ganímedes y Calisto. Sus plantas creadoras de oxígeno trabajaban sin cesar, según le explicaron los dos líderes mientras llenaban unas copas de vino de Calisto.

—No tenía noticias de que pensaban hacerlo habitable —reconoció Lan sorbiendo un poco de vino. Estaba decidido a ser sincero en todo lo que pudiera. Y el mostrar su sorpresa por aquel hecho no le costaba ningún esfuerzo.

Serku sonrió orgulloso.

—Pensábamos hacerlo público hace tiempo, pero las situación nos aconsejó el silencio.

—¿Para no aumentar la susceptibilidad terrestre?

—Sí, desde luego. Aunque este proyecto no tiene nada de belicista podían habernos interpretado mal. Es lógico que pensemos que para dentro de un par de siglos necesitaremos más espacio.

Lan echó un vistazo al exterior.

—Y mientras estas rocas se convierten en un vergel utilizan el satélite para ocultar sus naves —dijo pensativo.

—Consideramos que están mejor aquí que en Ganímedes o Calisto —respondió Alvar. Era el más serio de los colonos. No era difícil para Lan comprender que no aprobaba su presencia allí.

Se preguntó si había acudido en ayuda del *Magna* a regañadientes, en cumplimiento de órdenes de Serku. Pero Lan estaba seguro que Alvar no era un tipo acostumbrado a jugar con dos barajas. Debía agradarle demostrar su disconformidad o antipatía hacia alguien desde el primer momento.

—Bien, ya estamos todos reunidos, Amo y Señor de los Imperios

Terrestres —dijo Serku irónico—. Todo está tal como deseaba, excepto en que no cuenta con el apoyo de sus naves para sentirse superior a nosotros. Es más, he comprobado que sus más allegados servidores desean su muerte. ¿Qué tal se siente seguir viviendo gracias a unos salvajes colonos?

—Tendría que hallarse en mi lugar para saberlo, Serku —sonrió Lan—. Y no se lo deseo. Reconozco que mí situación no es satisfactoria.

—De todas formas, estamos ansiosos por escuchar sus palabras de buena voluntad —dijo Alvar con marcado tono de burla.

—Es posible que Ernut Lan esté arrepentido de haber venido —apostilló Docurle.

Lan observó que Yana, sentada junto a su padre, hacía señas a éste para que interviniese en favor suyo. Pero Carl sólo era un testigo mudo de aquella entrevista. Su cometido como delegado en la Tierra de los colonos había concluido.

—Nada ha variado para mí, señores —dijo Lan—. Al hacerme cargo del poder leí un mensaje de mi padre en el cual me aconsejaba que llegase a un entendimiento con Ganímedes y Calisto, qué debía cesar la tirantez entre estas lunas y la Tierra.

—¿Por qué?

—Mi padre era sensato. Sabía que la Tierra necesita las riquezas energéticas de las lunas de Júpiter al igual que Ganímedes y Calisto necesitan la tecnología terrestre.

—¿Qué sugería Aen Ernut?

—Acabar con la dinastía Ernut, sencillamente. Celebrar un referéndum interplanetario y establecer un gobierno con cuatro gobernantes. Un terrestre, un marciano, un venusiano y uno elegido por las lunas. Sería una federación de naciones planetarias. Cada nación efectuaría el relevo de sus gobernantes.

—Hermosa idea al principio. ¿Cuál sería la sede del gobierno? ¿La Tierra?

—Iría en rotación cada dos años. Pero todos estos pormenores carecen de importancia. La idea básica es ésta y sobre ella debemos trabajar.

—¿Quiénes están al corriente de esos proyectos? —preguntó

Serku.

—Ustedes son los primeros en saberlo —dijo Lan—. Ni siquiera lo sabía Carl Bunsen.

Los tres líderes se miraron entre sí. Alvar sonreía escépticamente. Docurle no podía ocultar su enojo y Serku parecía preocupado. Este dijo:

—Disponemos de poder suficiente, otorgado por los ciudadanos de las lunas, para decidir nosotros mismos, Ernut Lan; pero consideramos que su propuesta es demasiado importante para que adoptemos aquí mismo una postura definitiva.

—¿Por qué no podemos decidir? —preguntó, enfadado, Docurle.

—Es cierto --dijo Alvar—. En las lunas ya saben que llegaba Ernut Lan. Debemos dar una respuesta concreta a los pueblos a nuestro regreso.

Serku parecía enfurecerse.

—Les repito que debemos discutir esto en privado —dijo a Alvar y Docurle—. No es lógico que lo hagamos delante del Amo y Señor. Su presencia en las lunas es un detonador. Nos lo complica todo. Hagámosle salir, que espere y le comunicaremos nuestra decisión cuando lleguemos a ella.

Lan esbozó una sonrisa.

—Comprendo. Ahora yo sé que disponen de un gran poder y no creo que la mayor parte de sus naves estén en Io. Tienen que ser muchas más. Están en un dilema grave. Si me dejan ir libre puedo cambiar de parecer a mi regreso a la Tierra y revelar que Ganímedes y Calisto disponen de naves armadas..., de naves que, indudablemente, han sido suministradas secretamente por terrestres. Y si deciden acabar conmigo, eso supondrá una disensión en la Tierra. La mayor parte, que aplaudió mi intención de llegar hasta ustedes pacíficamente, gritará a los cuatro vientos sus deseos de vengarme. Sí, es difícil decidir. Y tampoco les valdrá dejarme con vida y prisionero. Eso será un reto a los terrestres, que por primera vez, empiezan a admirar profundamente a un Ernut.

Serku fulminó a Lan con la mirada.

—Puede retirarse. Que se vayan también Carl Bunsen y su hija. Esperen todos.

La puerta se abrió y aparecieron unos hombres armados. Custodiaron a Lan y sus acompañantes hasta una habitación que, al igual que la que dejaron, disponía de un amplio ventanal protegido por grueso cristal con vista al rocoso exterior. Se observaba parte de la secreta pista de aterrizaje. Por su mayor tonelaje, el acorazado Magna no había podido ser introducido en los hangares y permanecía solitario en la planicie. Lan lo miró con fijeza.

Yana se acercó a él y siguió la dirección de la mirada de Lan.

—¿Qué piensas? —preguntó.

El se volvió sonriendo.

—Me temo que los tres prohombres de las lunas tardarán mucho en llegar a una determinación. ¿Por qué no pides comida, ya que no creo que nos concedan un poco de intimidad?

Ante las miradas curiosas de los soldados e imperturbable, pero preocupada, de Carl Bunsen, Yana besó a Lan.

Ocho horas más tarde, un mensajero entró en la estancia para comunicar a Lan que los líderes deseaban verle.

—¿Han terminado de deliberar? —preguntó Lan al mensajero.

—Creo que no. Desean hacerle unas preguntas —el semblante del mensajero parecía preocupado.

Carl se aproximó e inquirió:

—¿Ocurre algo?

Mientras el mensajero les conducía por el corredor, y los soldados cerraban la marcha, respondió después de pensarlo mucho:

—Puedo decírselo, porque será lo primero que sabrán de los líderes. Se han detectado dos potentes flotas terrestres a unos veinte millones de kilómetros.

—Las únicas naves terrestres cercanas a Júpiter eran los cruceros que quedaron rezagados al mando de Oblister —dijo pensativo Lan—. Es posible que las guarniciones de Venus y Marte hayan partido tan pronto fueron atacados los cruceros que intentaron destruirnos.

Al llegar a la sala donde debían estar los líderes la hallaron vacía. Inmediatamente entraron unos hombres. Carl los identificó como ayudantes de Serku. Uno de ellos, muy nervioso, explicó:

—Aguarden. Ha ocurrido algo inesperado.

Se marcharon en seguida sin darles tiempo a hacer pregunta alguna. Lan miró interrogador a Carl y Yana y ambos se encogieron de hombros. Pero notaron que los soldados, intranquilos, aprestaban sus armas.

Serku, Docurle y Alvar tardaron cerca de una hora en hacer acto de presencia. Alvar, rojo de ira, se enfrentó a Lan y casi le escupió en el rostro un torrente de imprecaciones mezcladas con reproches.

—¿Piensa seguir ahora defendiendo sus palabras de buena voluntad? Perderá el tiempo, Ernut Lan. Su sicario perdió la paciencia o tenía instrucciones precisas suyas. Será difícil ahora que nos convenza de sus hermosas intenciones...

—¿Pero qué ha sucedido?

Serku se derrumbó materialmente en su sillón y bramó:

—Su capitán Fergunson ha sido muy astuto, Ernut Lan.

Consiguió permiso para volver al acorazado con el pretexto de unas revisiones. Ha debido matar a nuestros soldados que le custodiaban y... ¡plaf! Ahora el *Magna* está en óptimas condiciones de burlarnos.

—¿Quiere decir que ha escapado? —preguntó pálido Carl.

—Sí, eso he querido decir —gritó Alvar—, Y seguramente se reunirá con las flotas que se aproximan. Ahora vemos claramente el plan de este cerdo —señaló a Lan—, Debimos suponer que todo era una farsa, que el ataque a su acorazado era un acto previamente ideado. Así, si estaba con nosotros, no llegaríamos a pensar que era falso lo de la conjura de sus ministros y generales.

—¿Qué tontería está diciendo, Alvar? —inquirió Lan.

—Lo que oye. Pero no le valdrá su astucia para nada,

Alvar salió de la estancia dando un empellón a los soldados.

—Debe detener a ese loco antes que haga algo irremediable —sugirió Lan.

El líder movió la cabeza pesadamente.

—Es inútil ya.

—¿Cree que es cierto lo que ha dicho?

—No lo sé. Pero es lo mismo. El resultado será el mismo. La guerra. Es inevitable ya.

Lan se estremeció. Nunca hubiera podido imaginar que su aventura a las lunas de Júpiter pudiera acabar de tal forma. Quedóse un buen rato pensando en la inesperada reacción de Fergunson al planear la fuga. Nunca le hubiera supuesto un hombre capaz de pensar por sí mismo, de tomar iniciativas. ¿Es que acaso su padre lo eligió precisamente por poseer esta cualidad?

CAPITULO VIII

Carl Bunsen entró en la habitación y se detuvo delante de la puerta del dormitorio. Golpeó en ella con los nudillos y aguardó a que saliera Lan, quien apareció instantes después, terminando de ajustarse el batín. Detrás de él vio a su hija levantándose del lecho, tomar un vestido y colocárselo rápidamente sobre el desnudo cuerpo.

—Me marcho, señor —dijo el delegado—. Serku y Docurle quieren que vaya con ellos a Ganímedes. Piensan que allí estaremos todos más seguros.

—¿Yo también voy? —preguntó Lan caminando por la habitación hasta el bar y llenándole una copa de licor.

—No. Usted irá a Calisto en una nave que están terminando de preparar.

—Creí que iban a resistir en lo —comentó Lan tomando un sorbo.

—No quieren arruinar su trabajo. Apenas tienen terminadas las defensas en este satélite.

—Eso quiere decir que se sienten fuertes en Ganímedes y Calisto. ¿Por qué me envían a este último satélite?

—Consideran que el ataque principal será dirigido contra Ganímedes, sobre todo cuando sepan los terrestres que allí están los líderes y lleguen a la conclusión de que el Sublime les acompañará.

Lan sonrió.

—Todos siguen pensando con diversos criterios. Unos creen que las fuerzas armadas terrestres obedecen a los conjurados, a quienes desean mi muerte, mientras que otros sostienen que no es así. Por lo tanto, si es cierto lo último, el ataque contra Ganímedes no se producirá cuando lleguen a la conclusión de que yo estoy allí y no en Calisto.

—Exacto. Y si se dirigen a Calisto, será fácil convencerlos de su presencia allí.

—Muy inteligentes.

Yana entró y su padre le preguntó:

—¿Estarás lista en seguida? Nos vamos dentro de unos minutos.

—Yo iré a Calisto —replicó ella.

Carl Bunsen se mordió los labios y asintió.

—Entonces tendrás que irte con Ernut Lan. Será la última nave que parta de Io, y lo hará dentro de treinta minutos.

Ella asintió.

—Lo suponía... y temía —añadió Carl antes de salir de la habitación.

—No deberías seguir conmigo —dijo Lan dejando la copa sin vaciar del todo—. Si vencen los tuyos serás malmirada porque todos sabrán que eres mi amante. Y si vencen los terrestres será peor.

—¿Me repudiarías? —preguntó Yana con malicia.

—De ninguna forma. Pero la compañera de un Ernut derrocado no podrá tener buen fin. ¿Cómo convencer a los líderes de las lunas que realmente mi gabinete ministerial está en contra mía?

Ella le echó los brazos alrededor del cuello y le besó. —Leo en tus ojos la seguridad de salir con bien de este embrollo, querido. No trates de aparentar una incertidumbre que no sientes.

* * *

Hacía una hora que habían partido de Io cuando Docurle llamó a Carl Bunsen a su camarote.

Bunsen había estado descansando en el suyo, fumando y pensando. Tumbado en la litera trataba de poner en orden sus ideas sin conseguirlo. Se hallaba confundido, tal vez debido a la sucesión vertiginosa de los acontecimientos.

Nunca había podido luchar contra la terquedad de Yana. Su madre murió pronto y él nunca fue un buen educador. Cuando marchó a la Tierra en calidad de delegado de las lunas, ella le siguió. Estuvo una temporada a su lado, pero pronto hizo las maletas y marchó a Venus, primero con la idea de estudiar la fauna de aquel planeta. Luego, después de estar unas semanas en la Tierra para visitarle, embarcó en un transporte hacia Marte.

En Marte debió encontrar a Ernut Lan cuando éste vivía en el anonimato. Ella no tuvo reparos en comunicarle que vivía con un hombre, pero Carl nunca pudo suponer que se tratase de algo duradero, y, mucho menos, que fuese con el hijo de Aen Ernut.

Pero Lan también ignoraba que Yana era hija del delegado en la Tierra de las lunas. A ambos no parecía importarles mucho el hecho de pertenecer a naciones antagónicas. El amor, o simplemente la pasión sexual que los unía, debía ser muy fuerte.

Después de arreglarse un poco acudió al camarote de Docurle, quien lo recibió con una sonrisa. Le dijo que Serku estaba descansando. Tenía una lista en sus manos, la agitó en el aire y dijo a Carl:

—No veo aquí a su hija, Bunsen.

—Decidió ir a Calisto.

Docurle asintió apesadumbrado.

—Entonces es cierto que son amantes. Lamentable.

—Lo eran desde mucho antes de que Ernut Lan subiera al poder. Ninguno de ellos, entonces, sabía quién era el otro. Al menos así era cuando se conocieron. Creo que pocas semanas antes de fallecer Aen Ernut, Lan le dijo quién era su padre. ¿Es que eso tiene algo de importancia? —el tono de Carl adquirió cierta virulencia—. Nos jactamos de estar por encima de los prejuicios que aún padecen los terrestres, Docurle.

—Me importa un comino que se hagan el amor, Carl. Pero ya sabe que le aprecio a usted. Su trabajo en la Tierra ha sido bastante bueno. Para todo el mundo, usted sólo era un individuo sin

importancia. Le debemos mucho.

—Sí, lo sé —suspiró Carl—. Hice de mi trabajo una perfección. Las naves y el material de guerra llegaron hasta las lunas sin levantar sospechas. Somos muy pocos los que sabemos que es un personaje importante dentro del gobierno terrestre quien nos lo facilitó. Pero creo que apenas se pueden contar con los dedos de una mano los que le conocen realmente. Yo nunca pude averiguarlo.

—Eso ha sido muy sano para usted.

—Usted sabe quién es el traidor.

—¿Por qué lo llama traidor? —sonrió Docurle—. Yo diría que es un gran amigo nuestro. Tal vez lleve sangre de colonos en las venas y actúa así porque se siente patriota.

Carl se sentó y movió la cabeza.

—Durante horas, Ernut Lan ha estado asegurando que realmente han sido los militares y ministros los que se han sublevado contra él, que desean su muerte. Ustedes sabían que decía la verdad. ¿Por qué pretendieron hacerle creer que dudaban de sus palabras?

—Era mejor así. Así morirá convencido de que lamentamos su muerte.

—¿Es que han decidido su muerte? —preguntó pálido Carl.

—En efecto. Los hombres que le conducen a Calisto tienen órdenes de ejecutarle antes de aterrizar. Lo lanzarán al espacio en ropas menores —sonrió como si la situación le hiciera mucha gracia.

Carl parpadeó repetidas veces. Veía a un Docurle totalmente distinto hasta ahora. La sonrisa que florecía en los labios del líder era nueva, cruel.

—¿Y Yana? —preguntó Carl.

—Supongo que no correrá el menor peligro. —Docurle se encogió de hombros—. El capitán Flescher es de mi total confianza y evitará problemas con ella. Se la entregará tan pronto sea posible, Carl. Sana y salva. Yo así lo deseo también. Le repito que le aprecio. Le tendré en cuenta muy pronto y se alegrará de ser mi amigo.

Bunsen se incorporó y miró al líder.

—¿Qué insinúa?

—Puede retirarse. Todo se andará a su debido tiempo. Pronto sucederán acontecimientos. Y a la vista de los cuales espero que una vez más demuestre su inteligencia y se ponga incondicionalmente al lado de los vencedores.

Carl reprimió sus deseos de hacer más preguntas y se marchó. Se detuvo a mitad del corredor, desviándose a continuación hacia la derecha. Se detuvo ante una cerrada puerta y llamó con violencia.

Serku le dio paso. Aún llevaba sueño en los ojos y gruñó algo entre dientes que Carl no entendió.

—¿Qué demonios pasa, Bunsen? ¿Es que un hombre no tiene derecho a descansar? Sepa que llevo dos días sin dormir.

—Lo que tengo que decirle es importante.

—Pues vaya al grano, acabe pronto. Aún quedan seis horas para llegar a Ganímedes y quiero aprovechar esta tranquilidad para encontrarme en condiciones cuando nos ataquen los cruceros terrestres.

Carl cerró la puerta tras él y esperó que Serku se sentara en la litera de la cual acababa de levantarse.

—Docurle me ha dicho que piensan matar a Ernut Lan. ¿Quién lo sugirió? ¿Alvar?

Serku se agitó, molesto.

—No me agrada, lo reconozco. Pero Docurle me convenció que es lo mejor. Alvar ya no estaba en Io cuando lo decidimos.

Carl suspiró. Por un momento había temido que el extremismo de Alvar le llevase a tomar tales decisiones. ¿Pero por qué Docurle abandonaba su habitual pacifismo y abogaba por una muerte que a todas luces parecía estúpida? Serku debía estar muy agotado para haberse dejado convencer. Se inclinó sobre él y las profundas sombras que rodeaban los ojos del primer líder no le complacieron.

—Aún está a tiempo de revocar esa orden, señor —pidió Carl—. Llame al capitán Flescher y diga que lleve a Ernut Lan vivo a Ganímedes. Aún podemos detener esta locura.

—¿Qué dice, Carl? —gimió Serku. Se pasó las manos por la cara, como si quisiera despejar los restos del sueño—. Estoy agotado. La verdad es que no sé cómo consentí que Docurle dispusiera la ejecución…

—¡No es una ejecución, sino un asesinato! —estalló Carl—. Ernut Lan vino en son de paz. Ha sido una vileza por nuestra parte ordenar matar a un hombre que llegó hasta nosotros con tan buenos propósitos que su acción ha impulsado a sus servidores a acelerar una traición que, estoy seguro, iban a llevar a cabo tarde o temprano.

—¿Pero es que cree el cuento de esa sublevación de los militares terrestres? —Serku intentó sonreír y le salió una extraña mueca—. Ernut intentó engañarnos. Todo es un ardid para destruir nuestra independencia. Pero se llevarán un chasco. Contamos con las armas que los comerciantes terrestres nos vendieron y…

—¿Comerciantes? —musitó Carl—. ¿Dice usted que fueron comerciantes los que nos facilitaron las armas? Pero, ¿es que ignora que es alguien muy encumbrado en el gobierno de Aen Ernut, el que comenzó a enviarnos secretamente las naves?

—¿Otra de sus fantasías, Bunsen? ¿Por qué no me deja descansar? Estoy cansado.

—Pues tiene que escucharme. Yo vine a preguntarle también quién es el misterioso personaje que nos facilitó las armas y qué pedía a cambio. Si las lunas entregaron dinero para pagarlas, éste nunca llegó a mí. Tenga la seguridad que la factura que nos pasarán será mucho más grande.

Serku hizo un intento de levantarse y Carl tuvo que ayudarle para que no cayera al suelo. Lo dejó de nuevo sobre la litera y buscó en el botiquín. Encontró un tubo y sacó varias pastillas de él, haciendo que Serku las tragase. Después le dio un vaso de agua.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó Serku, tosiendo—. ¿Intenta envenenarme?

—Intento sacarle del estado en que está para que comprenda. Creo que le han suministrado algunas drogas para manejarle a su antojo. Cierre los ojos y descanse, pero no se duerma. Mientras tanto, yo intentaré hacerle comprender la gravedad de la situación. Ojalá se recupere pronto y podamos arreglar este lío antes que sea demasiado tarde.

Serku aspiró hondo y dijo suavemente:

—Le escucho.

* * *

Yana había calculado que la nave en que viajaba su padre, a pesar de haber salido cerca de media hora antes que la de ellos, iba a tardar mucho más en llegar a Ganímedes que la suya en hacerlo a Calisto.

La habían permitido estar con Lan desde que partieron, reservándoles una cabina en los niveles medios, más bien cerca del puente. La puerta no estaba cerrada, pero sí les advirtieron antes de la partida que no debían deambular por la nave.

Poco después de anunciar el capitán que en cincuenta minutos entrarían dentro del escaso campo gravitatorio de Júpiter, Lan manifestó sus deseos de enviar un mensaje a Carl Bunsen.

Yana se ofreció a ir al puente para solicitar del capitán Flescher el oportuno permiso.

No encontró a nadie en su camino hasta el puente. La primera estancia era de reducidas dimensiones y estaba destinada al centro de comunicaciones. La puerta estaba entreabierta y vio por el resquicio a Flescher, vuelto de espaldas, inclinarse sobre una pantalla visora, ayudado por el técnico en mantener la conexión.

—Entendido, señor. Silenciaremos nuestros receptores. Si la postura de Serku se hace insistente, alegaremos que tuvimos averías serias y no pudimos captar el mensaje suspendiendo la orden de eliminar a Ernut Lan. —Flescher emitió una ligera risa que Yana escuchó perfectamente, y añadió—: Pero no debía preocuparse. No creo que Serku se recupere en seguida. Tardará horas en darse cuenta del error que ha cometido.

Yana recobró la respiración y se alejó unos metros de la puerta del puente. Cuando consideró que no podían oírla desde allí echó a correr. Entonces se dio de bruces con un tripulante.

El hombre la tomó por la cintura e impidió que cayese.

—¿Qué hace aquí, dama Yana? —Su gesto se hizo duro al agregar —: Tengo entendido que el capitán prohibió a Ernut Lan y a usted que salieran del camarote.

El soldado comprendió que la muchacha provenía del puente y arrugó el ceño.

—Creo que será mejor que venga conmigo y diga al capitán qué estaba haciendo aquí. No me gusta su actitud. Parece asustada...

Yana sólo necesitó un segundo para comprender que si entraba en el puente, Flescher nada más verla sabría que ella había escuchado su

conversación por el visor, por lo que se apresuraría a poner en marcha la ejecución de Lan.

La muchacha aparentó desaliento y dejó que el hombre la tomase por un brazo para conducirla. Entonces se volvió y alzó su pierna derecha, Introduciéndola entre las del soldado con todas sus fuerzas. El golpe, rabioso, dobló al hombre que contorsionó el rostro por el dolor, que tan intenso era que le impidió gritar.

Yana, apenas el soldado rodaba por el suelo, le arrebató la pistola y con ella golpeó la cabeza del desdichado soldado. A la segunda brotó la sangre.

Miró con ansiedad por el corredor. No había nadie. Con sumo esfuerzo arrastró el cuerpo, sin molestarse en averiguar si vivía o no, hasta una cabina donde guardaban elementos contra incendios. Luego emprendió veloz carrera, después de ocultar la pistola dentro de la blusa, hacia el camarote donde Lan esperaba.

Al llegar allí, cerró la puerta a sus espaldas jadeante. Lan acudió a su lado alarmado.

—Van a matarte, Lan —explicó ella entrecortadamente—. He escuchado a Flescher hablar con alguien que no pude identificar y no hay duda que proyectan eliminarte.

El rostro de Lan se ensombreció.

—Debes alejarte de mí, cariño —dijo—. Estoy seguro que no corres peligro. No podemos hacer nada.

—Lo siento. Pero me temo que acabo de matar a un hombre —repuso triunfalista Yana, mostrando la pistola como si fuera un trofeo.

—Estás loca, chiquilla. ¿Por qué has hecho esa locura?

—Así lucharás con más deseos de triunfo, sabiendo que yo también corro peligro.

Lan tomó la pistola y comprobó que tenía la carga completa. Preguntó a Yana si había cundido la alarma y ella replicó que no.

—Tal vez con un poco de suerte podamos apoderarnos de una falúa y escapar sin que se den cuenta —dijo Lan. Tomó una chaqueta, que enrolló a su mano armada.

Salieron del camarote y se encaminaron hacia los niveles inferiores. Las naves, aunque con ligeras variantes en sus modelos,

solían todas llevar de dos a seis falúas de salvamento en los laterales de su base, cerca de los propulsores. Era de suponer que no estarían vigiladas, puesto que la tripulación no debía temer un intento de fuga suya, ya que no habían puesto centinelas delante de la cabina que ocupaba ni cerrado la puerta de ésta. Tal vez estaban convencidos de que Lan no podía sospechar que aquél debía ser el último viaje por el espacio.

Llegaron hasta una de las falúas de las que estaba provista la nave. Sólo una vez se tuvieron que ocultar para dejar paso a una pareja de mecánicos, pero se alejaron sin verlos.

Lan eligió una falúa con los tanques a rebosar de combustible. Ayudó a Yana a enfundarse un traje espacial y luego él se puso otro. Las falúas, pese a tener una cabina con presión, eran frágiles y resultaba aconsejable usar para vuelos largos por el espacio los trajes de presión.

Yana se acomodó en el sillón de al lado del piloto que usaría Lan y para ganar tiempo empezó a pulsar los botones que activaban los dos pequeños pero potentes propulsores. Con un poco de suerte podrían aterrizar en Calisto, en donde, a pesar de encontrarse entre gente hostil, Lan y Yana estaban seguros que no corrían peligro.

La pequeña nave entraría primero en una esclusa.

Cuando la puerta detrás de ellos se cerrase, se abriría la exterior y podrían usar toda la energía de la falúa para alejarse de la nave madre.

En aquel momento crucial hicieron su aparición un grupo de mecánicos armados. Al parecer ya se conocía su fuga.

Lan pulsó el botón que hacía deslizar la falúa. Detrás de ellos los tripulantes impidieron que la primera compuerta se cerrase y comenzaron a disparar. Las descargas no dieron en el blanco y Lan hizo que la compuerta externa se abriese. El aire contenido en la esclusa se precipitó al exterior, empujando la nave y los tripulantes, quienes parecieron danzar en el vacío, reventados por la descomprensión y congelados por el gélido vacío.

La falúa se alejó de la nave dando tumbos. Antes de quedar atrapada por su fuerza de gravedad, Lan, sobreponiéndose al mareo, activó los propulsores.

—Estamos salvados, amor mío —rió Yana nerviosamente volviéndose para ver cómo la nave quedaba muy atrás de ellos.

Lan no respondió. Sabía que Flescher podía actuar con eficacia, detener la pérdida de aire, sellar la sección de falúas y lanzarse contra ellos. En pocos minutos les darían alcance y... Flescher no tenía necesidad de hacer un solo disparo para acabar con ellos. Podía limitarse a embestirlos para destrozar la frágil falúa.

Calisto flotaba ante ellos como gran pelota roja y verde delante de la inmensa mole jupiteriana. De no haber sido descubiertos tan pronto, en menos de una hora podían estar sobre los prados rodeados de rocas del satélite. Ahora ya era inútil. La nave, según indicaban los detectores de la falúa, ya iniciaba las maniobras necesarias para ir detrás de ellos y alcanzarles en cuestión de minutos.

En el salpicadero, una luz empezó a emitir su intermitente aviso. Lan mordió los labios. Suponía de lo que se trataba. Giró una clavija y una voz surgió del altavoz. Era Flescher.

—Habla el capitán Flescher. Es inútil que traten de huir. Han sido descubiertos demasiado pronto. Será mejor que enciendan los retrocohetes y se detengan. Le advierto, Ernut Lan, que no vacilaremos en destruirlos si se niega.

—¿Qué ganaré con ello? —preguntó Lan, observando por los indicadores que la nave seguía acercándose.

—Usted, nada —repuso Flescher—, Pero le prometo que respetaremos la vida de la dama Yana. No tenemos nada en contra de ella. Ha sido en vano que matara al soldado primero y luego precipitara al vacío a los que intentaron detenerle. De todas formas, será ejecutado. Pero salvará a la mujer. Y a nosotros nos evitará, el trabajo de tener que darle explicaciones a Carl Bunsen por la muerte de su hija.

—Intenta escapar, Lan —musitó Yana.

—Sería inútil —negó Lan—. No podemos burlarlos Está bien, capitán. Le haré caso. Confío en que cumpla su palabra de respetar la vida de la dama Yana.

—Ha obrado bien, Ernut Lan. Le lanzaremos un cable magnético y cortó la comunicación.

Lan cerró los ojos. Con las últimas palabras de Flescher una idea había aparecido en su mente. Pidió a Yana que hiciera cuanto él le pidiera y empezó a trabajar. Tenía poco tiempo.

Cuando hubieron terminado, la nave estaba a unos mil metros de

ellos y un cable plateado había surgido de su fuselaje. Como una larguísima serpiente avanzó hacia ellos. Lan abrió la cúpula de plástico de la falúa y tiró hacia el exterior de sus propios conductores de energía, una vez que la falúa estuvo totalmente inmóvil en el espacio, girando solamente sobre su punto gravitatorio.

Al alcanzarles el cable magnético lo conectó con las conducciones y encendió los motores de la falúa.

La energía liberada penetró por el cable magnético, lo hizo vibrar y golpeó la nave como un látigo. El golpe en la atmósfera hubiera quedado muy amortiguado y el fuselaje lo habría resistido. Pero en el vacío, sin resistencia, el grueso cable magnético actuó como un cortante látigo que abrió una amplia grieta en la nave enemiga.

Lan desconectó la energía antes que el rebote les alcanzase a ellos mismos, cerró la cúpula y activó los propulsores. Mientras se alejaban pudieron observar cómo la nave terminaba de partirse en dos, arrojando al espacio un torrente de aire que se congelaba y miles de objetos, entre los que debían de haber docenas de seres humanos.

Pronto perdieron de vista el lugar de la tragedia.

Calisto era cada vez mayor ante ellos.

—Hemos tenido suerte —rezongó Lan—. Pero aún no han terminado nuestras preocupaciones.

—¿Por qué dices eso ahora?

—Mira —indicó señalando los indicadores de detección—. Si no nos damos prisa, tendremos encima de nosotros a toda una flota. Tal vez por eso Flescher no quiso usar las armas y nos conminó. No quería delatar su presencia a los cruceros de la Tierra. Debe de ser uno de los dos grupos.

—¿Entonces no lo hacía por salvar mi vida?

—Me temo que no. Esto me gusta cada vez menos. Ojalá tenga ocasión de comprender este embrollo. Pero ahora dediquémonos a posarnos en Calisto.

CAPITULO IX

Carl no consiguió poner en condiciones a Serku hasta que la nave no hubo terminado su anclaje en el puerto cercano a la principal ciudad de Ganímedes.

Cuando fueron a salir del camarote se encontraron con Docurle al otro lado de la puerta, quien no intentó ocultar su sorpresa al hallar a Serku totalmente repuesto.

—Venía a avisarles que hemos llegado sin novedad, señores —dijo cautelosamente.

—Precisamente íbamos a verle, Docurle —dijo Carl,

Docurle pidió a los hombres que le seguían que le esperasen y cerró la puerta. Se enfrentó a los dos hombres con una sonrisa de seguridad flotándole en los labios.

—Soy todo oídos, señores —dijo Docurle—. Pienso que es muy importante lo que desean comunicarme.

—Ciertamente —asintió Serku—. Pero me gustaría que fuese ante el resto del Consejo donde usted responda a mis preguntas.

—Tendrá que ser aquí —dijo secamente Docurle.

Carl y Serku cambiaron una mirada. Ambos comprendían que Docurle sospechaba que el juego había terminado y era el momento de mostrar las cartas.

—No tengo mucho tiempo que perder, señores —añadió Docurle —. ¿Es que existe algo que han de censurarme?

Miró directamente a Serku, con marcada insolencia. El líder sintió hervir la sangre en las venas y estalló rabiosamente.

—¿Quién ha suministrado las armas a las lunas?

Docurle sonrió. No se alteró lo más mínimo su expresión burlona.

Chasqueó los dedos y replicó:

—Comprometeríamos a los comerciantes terrestres si sus nombres se divulgasen más de lo prudente. ¿No se acordó que yo sería el encargado de gestionar las compras mediante la colaboración del Carl Bunsen?

—Carl Bunsen no hizo nada de eso. Ni siquiera recibió el dinero para pagar las armas. Y se lo dimos a usted, Docurle…

—Bien. Si lo que les preocupa es esa miseria puedo devolvérselo. Esos millones nada suponen, ciertamente.

—¿Qué dice?

—Está bien claro. Quien proporcionó las armas tampoco necesita el dinero. Digamos que es mi socio. Yo conservo el dinero en sitio seguro. Si lo acepté fue para seguir con la farsa, para que continuaran creyendo que las armas las proporcionaban comerciantes terrestres traidores a su planeta.

—¿Y no es así?

—En cierto modo, llegará el momento de pasar la factura. Y les aseguro que el montante superará con creces esos miserables millones de los que se desprendieron —Docurle alzó la barbilla—. Nosotros dos seremos los dueños absolutos del Sistema Solar. Tendremos poder absoluto para emprender la empresa que durante decenios se ha estado dejando postergada: la conquista de las estrellas, la creación de un imperio estelar.

—Es usted un cochino traidor —masculló Serku.

—No lo crea así. Tampoco mi socio terrestre lo es. Ambos necesitamos de nuestros pueblos para alcanzar la fuerza suprema. Con los Ernut en el poder no se podía conseguir esto, ni tampoco la independencia de las lunas. Es cierto que existe una conspiración entre muchos militares y políticos terrestres contra Ernut Lan, pero su propósito es destruir a los colonos para apoderarse de la fuente energética de Ganímedes y Calisto. Entre estos conjurados está mi socio, el proveedor de las armas que nos servirán para destruir a esos molestos compañeros suyos. Será una jornada pletòrica de satisfacciones cuando al mismo tiempo que sean acabados los conspiradores terrestres, y Ernut Lan, perezcan ustedes, por ejemplo, y los patriotas más acérrimos de las lunas. Y eso ocurrirá pronto. Tal vez hoy mismo. Dos flotas terrestres se dirigen hacia nosotros. Una de ellas se enfrentará contra la nuestra y ambas serán destruidas. La que

logre la victoria será exterminada totalmente por la que comanda mi socio terrestre. ¿No les parece perfecto el plan? Después de esto tendremos las manos libres para dominar las lunas, la Tierra y los demás planetas del Sistema Solar. El resto de los conjurados terrestres que han quedado en la Tierra no tienen importancia alguna. Más tarde nos ocuparemos de ellos.

—No se saldrá con la suya, Docurle. Ha ido demasiado lejos —dijo Serku—. No podrá engañar al pueblo.

—¿Por qué no? En estos momentos Ernut Lan ya debe haber sido ejecutado por el capitán Flescher, según le ordené. El pueblo creerá que ustedes también murieron en la refriega. Será un maravilloso final cuando mi socio y yo nos estrechemos las manos en presencia de los terrestres y colonos afirmando la paz. Nadie desea la guerra. Habrá paz, la paz que Aen Ernut deseaba y el estúpido de su hijo quería llevar a cabo. Pero en lugar de gobernar Ernut Lan y otro elegido libremente, seremos mi socio y yo. A nadie le extrañará que sea el segundo líder de los colonos y un alto cargo en el gobierno de la Tierra los que ocupen el poder. Es un plan perfecto.

—¿Entonces les ha convencido que Ernut Lan viniese al área de Júpiter? —preguntó Carl.

—Sí. Mi socio en la Tierra lo preparó todo, aunque Ernut Lan cree que fue idea suya. Mientras dormía se le inculcaron en el subconsciente estos proyectos.

Serku cerró los ojos un instante. Escuchaba a Docurle y aún tenía dudas de que fuesen ciertas las palabras de su ayudante, el político que siempre destacó por su moderamiento y constantes llamadas a un entendimiento pacífico con la Tierra, sin romper nunca los lazos que les ataban. Si hubiera sido Alvar el autor de la traición no le habría sorprendido tanto. Alvar era más joven e impetuoso.

—¿Quién es el terrestre que piensa acompañarle en el poder? —preguntó Carl.

Parecía que Docurle iba a responder cuando sonaron unos golpes en la puerta. Apareció un oficial que hizo señas a Docurle para que se acercase. Le susurró al oído unas palabras que le hizo transformar el rostro en una total mueca de contrariedad. Docurle dijo al oficial que condujese a Serku y Carl al exterior y los vigilase. Volviéndose a sus prisioneros dijo:

—Se ha presentado una dificultad. Les veré más tarde. Comprenderán que no puedo dejarlos con vida. Ya pensaré la manera

para que mueran de forma gloriosa para la historia de nuestro pueblo.

—No se saldrá con la suya, Docurle —afirmó Carl—. Es imposible que su plan salga bien.

—No lo crea así porque les he dicho que existe una dificultad —sonrió—. Estaba previsto.

Y se marchó dejando a los dos hombres visiblemente consternados. El oficial les hizo una indicación para que les siguieran.

* * *

Cuando las flotas procedentes de Marte y Venus se reunieron con las unidades al mando del mariscal Oblister, las fuerzas se dividieron en dos poderosos grupos. Oblister iba al mando de uno que se encargaría de atacar a Calisto, mientras que el otro quedó bajo la dirección de Einhert, quien horas antes reclamó al mando supremo de las operaciones al no poder disponer Ernut Lan de libertad de movimientos.

Eso fue lo que se comunicó a los comandantes recién llegados. Los de los siete cruceros eran de confianza y no tenían por qué ocultarles la verdad. Pero muchos oficiales no eran de fiar aún.

Lecuoc quedóse en el crucero insignia que ocupó Einhert, quien ordenó dirigirse hacia Ganímedes.

—No debemos ensañarnos con las ciudades, Einhert —sugirió Lecuoc.

—Por supuesto que no. Estoy de acuerdo en que las necesitaremos más adelante. Es más, estoy seguro que Ganímedes apenas sufrirá las consecuencias de la guerra.

La batalla principal se librará en las cercanías de Calisto.

—Estás muy seguro.

—Es simple intuición. Creo que los colonos han concentrado sus naves de guerra en ese satélite y no en Ganímedes.

—Las naves que proceden de la Tierra —recordó Lecuoc.

—Olvida eso, Lecuoc. Ya averiguaremos más tarde quién ha sido el que ha proporcionado material de guerra a los colonos.

Callaron por unos segundos. Lecuoc observaba el rítmico y eficaz

trabajo en el puente de mandos de los técnicos y especialistas.

—No comprendo, Einhert, cómo si estás tan seguro que Oblister encontrará dura resistencia en Calisto, por qué has dividido las fuerzas. Oblister puede tener dificultades.

—Incluso puede morir —asintió Einhert sonriendo levemente—. Creo, como me parece que tú empiezas a pensar, que él es quien vendió las naves a los colonos. Para un hombre con un cargo como el suyo es muy fácil disponer de la producción extra de las factorías.

—No te esfuerces en averiguarlo, Einhert. Ya lo he hecho yo. Sé quién nos traicionó ayudando a los colonos.

Einhert frunció el ceño.

—De todas formas es duro admitir que Oblister nos haya traicionado por dinero.

—No ha sido Oblister —dijo secamente Lecuoc.

El Gran Ministro se incorporó lentamente y dijo:

—Aún tenemos tiempo. Creo que un asunto como éste no debe discutirse aquí, en la puerta. Vayamos a mi camarote.

—Será aquí mismo, Einhert…

Lecuoc no pudo terminar la frase. Sintió cómo el cañón de una pequeña pistola se apretaba contra su estómago.

—¿Temes que tus hombres sepan que eres tú quien has traicionado primero al Sublime y luego al grupo de conjurados? —preguntó Lecuoc palideciendo.

—No quiero nerviosismos aquí. Y tampoco correr el riesgo de que hable aquí algún romántico patriota. Pero no dudaré en disparar delante de todos si te resistes, Lecuoc.

El ministro de Inteligencia y Seguridad bajó los escalones y salió del puente, siempre seguido por Einhert con su arma oculta entre los pliegues de su capa.

Anduvieron ligeros por los niveles hasta llegar a las dependencias de los soldados. Allí les salió al encuentro un oficial. Desde una habitación asomaron sus cabezas varios hombres.

Einhert disparó la pistola a través de la capa. El dardo de fuego dio de lleno en el pecho del aún asombrado Lecuoc, que cayó al suelo

gimiendo y achicharrado.

—Nunca me gustaron este tipo de armas —se quejó Einhert. Cuando se aseguró de que Lecuoc dejó de existir, dijo al oficial—. Tire esta basura al espacio y encárguese de los hombres cuyos nombres están en la lista que le di antes. Son fieles a Lecuoc y no quiero tener enemigos a mis espaldas.

Los soldados recogieron los restos de Lecuoc y se retiraron por un pasillo. El oficial ordenó a un pelotón que buscasen a los hombres indicados por Einhert.

Antes de media hora treinta y dos cuerpos eran lanzados al espacio.

Einhert se sintió tranquilo. Y mucho más lo estuvo cuando fue recibiendo comunicados de las demás naves de la flota que comandaba. Los capitanes le informaban que los agentes secretos de Lecuoc habían sido eliminados.

Aún quedaban muchos de los partidarios de Lecuoc en las naves que componían la flota al mando de Oblister, pero este problema dejaría de existir en breve, cuando se enfrentasen a los navíos coloniales de Calisto. Incluso verse libre de la molesta presencia de Oblister supondría una garantía para el futuro.

El Gran Ministro retornó al puente, en donde rápidamente le pasaron una llamada urgente desde Ganímedes. Llegaba en frecuencia especial, lo que indicaba que sólo podía tratarse de Docurle.

Mascullando imprecaciones contra Docurle, Einhert se sentó ante el visor privado. Tenía que ocurrir algo muy grave cuando su socio corría el riesgo de ponerse en contacto con él en aquellos trascendentales momentos.

El rostro preocupado de Docurle apareció en la pantalla.

—Puedes hablar —dijo Einhert—. Estamos solos. ¿Qué pasa?

—Ordené al capitán Flescher que matase a Ernut Lan, pero éste escapó con la hija de Carl Bunsen.

Einhert crispó los puños.

—¿Cómo ha sido posible eso?

—Tal como acordamos, la muerte de Ernut Lan tenía que ser cerca de donde suponemos será la batalla entre la flota de Oblister y

las naves de Calisto. Lo siento, Einhert, pero tenemos que aceptar la realidad.

—No es tan grave… por el momento —musitó Einhert—. Ya nos ocuparemos de Ernut Lan más tarde. Solo poco podrá hacer. ¿Algo más?

Docurle aspiró hondo y dijo rezongando:

—Será mejor que ordenes a tus naves que se dirijan hacia Ganímedes tan rápidamente como puedan.

—No te entiendo…

—Yo apenas tengo navíos a mis órdenes en este satélite. Todos fueron concentrados en Calisto para que perecieran y así librarnos del mayor número de soldados y técnicos de las lunas.

—Pero, ¿qué ocurre?

—Una gran flota estará sobre nosotros en menos de tres horas.

Einhert miró la hora que marcaba su reloj. Movió la cabeza repetidas veces, afirmando:

—No puede ser. A estas horas debe estar comenzando la batalla cerca de Calisto entre las naves de Oblister y las coloniales.

—Pues es cierto lo que te digo. Aún no hemos podido identificarlas, pero son muchas más que las que tiene Oblister o Alvar bajo su mando.

Einhert se estremeció. En su cerebro iba tomando forma lúcida un presentimiento.

—Iremos para allá —replicó secamente—. ¿Qué hay de Serku?

—Lo tengo encerrado con Carl Bunsen. ¿Ordeno que los maten?

—Espera hasta el último momento; pero es importante que no queden con vida después que termine esta jornada.

CAPITULO X

Lan estuvo a punto de iniciar la maniobra para entrar en la atmósfera de Calisto cuando sus detectores repiquetearon con insistencia. Los consultó, soltó unas maldiciones y puso en funcionamiento los retropropulsores.

—¿Por qué nos desviamos del satélite? —preguntó Yana.

La falúa había perdido casi toda la velocidad después del brusco frenado. Lan apuntó su enguantado dedo hacia la parte oscura del satélite. Unos puntitos acababan de entrar en la zona iluminada.

—Son naves que han salido del otro lado. Y se dirigen directamente hacia nosotros.

La navecilla estaba lo bastante cerca de Calisto para ser atrapada por su fuerza de gravedad y entró en órbita.

—Es la flota de Alvar —dijo Yana después de observarles por el telescopio.

—Así me lo temía —masculló Lan—. Y detrás de nosotros se acerca otra escuadra. La de Oblister seguramente. Ambos grupos son enemigos. Es posible que combatan, pero quien pueda nos mandará al infierno antes que nada.

La señal de los detectores indicaron que la flota procedente del espacio exterior al sistema jupiteriano estaba a menos de veinte kilómetros de su posición.

—Todo parece indicar que será Alvar quien tenga la satisfacción de acabar con nosotros —Lan se volvió para mirar a Yana—. Siento haberte metido en esto, querida. Me gustaría despedirme de ti con un beso.

Ella le sonrió detrás del casco animosamente. Lan notó que la muchacha estaba a punto de llorar y Yana, no queriendo que Lan se percatase de su estado de ánimo volvió a tomar el telescopio,

enfocándolo hacia la flota colonial procedente de Calisto.

—Lan —musitó Yana—, en la flota colonial está el acorazado *Magna*. Navega en el centro de la formación.

Lan suspiró.

—Lo siento por Fergunson. Me habría alegrado que hubiese escapado al menos.

Sintieron cómo la falúa era sacada de su órbita por una fuerza poderosa cuando las naves de Alvar estaban a unos diez kilómetros de ellos.

—Están utilizando el sistema de tracción del *Magna* para llevarnos ante ellos —masculló Lan—. Seguramente querrán cogernos vivos. O tal vez no quieran disparar teniendo tan cerca la flota de Oblister.

La voz de Alvar surgió del comunicador en forma tonante:

—Saludos, Ernut Lan. El capitán Fergunson y yo le invitamos a subir a bordo del *Magna*. ¿Desea ponerse al mando de las flotas combinadas de Calisto-Ganímedes y la Tierra?

* * *

—Sostuve una entrevista privada con Fergunson —explicó Alvar—. Deduje que era un hombre honrado —sonrió—. Claro que me serví del detector de la verdad y algunas drogas. Lo hice por precaución. No quería equivocarme. Fergunson me contó cómo Ernut Lan fue traicionado por su propio gobierno. Entonces le devolví al acorazado y lo dispuse todo para que pudiese escapar. Cuando lo consiguió, yo partí con mis naves y nos reunimos en el lugar acordado.

Lan escuchaba atentamente a Alvar. A su lado, estaba Yana, y junto a Alvar, el mariscal Oblister asentía a cada palabra del líder de las lunas.

Fergunson sonreía complacido entre el mariscal y el Sublime. El capitán explicó:

—Al principio, cuando me enteré del interrogatorio a que me sometió Alvar, me enfurecí. Luego comprendí que había hecho bien. Acepté colaborar con él. Cuando nos reunimos en el espacio captamos un mensaje en el cual Einhert ordenaba a Oblister que con su flota recién llegada de Marte se dirigiese a Calisto para conquistarlo.

«Usamos una frecuencia imposible de interferir para ponernos en contacto con Oblister. El mariscal estaba lleno de temores ante el curso que tomaban los acontecimientos.

Oblister bajó la mirada ante Lan cuando reconoció:

—Así es. Todos los miembros del gobierno estábamos conjurados para eliminar a Ernut Lan y apoderarnos de las riquezas de las lunas, con las cuales convertiríamos el Sistema Solar en una entidad capaz de lanzarse a la conquista de la Galaxia sin temor a encontrarnos razas poderosas. Pero Einhert sólo quería valerse de nosotros para ultimar sus planes. Una vez destruida la resistencia de las lunas no dudaría en quedarse solo. Mejor dicho, compartiendo el poder con Docurle, que es quien colabora con él en las lunas.

»Einhert me convenció para unirme a su grupo asegurando que el sucesor de Aen Ernut carecía de capacidad suficiente para gobernar. Es cierto que me cegué por la ambición del poder y tal vez porque si me negaba a integrarme a la conjura sólo podía conseguir ser apartado de ella y ejecutado por saber ya demasiado.

»Cuando nos encontramos con que los colonos disponían de armas modernas, entré en sospechas. Alguien muy importante del gobierno terrestre se las había estado proporcionando. Al mismo tiempo que Lecuoc hacía sus investigaciones gracias a sus numerosos agentes secretos esparcidos por todas las naves, yo intercepté un mensaje cuando se le iba a ser transmitido. Me enteré por él de la verdad. Einhert era el culpable. Me callé y obedecí las instrucciones de Einhert para trasladarme de nave y hacerme cargo de una de las dos flotas.

»Los oficiales y tropas, según averigüé pronto, que me fueron adjudicadas siempre se distinguieron por su fidelidad a Ernut. Llegué a la conclusión de que Einhert nos preparaba una trampa.

»Así, cuando Alvar y Fergunson se pusieron en contacto conmigo y recabaron mi ayuda no dudé un segundo en responderles que estaba con ellos. Acordamos reunirnos en este lugar para luego marchar juntos hacia Ganímedes.

Cuando la falúa fue recogida por el *Magna* y las dos flotas concluyeron felizmente su reunión, Oblister pasó a bordo del acorazado.

Ahora, mientras se dirigían hacia Ganímedes, trataban de trazar un plan de combate. Sabían que las unidades bajo el mando de Einhert, aunque en menor número que ellos, aún podían presentarles

dura batalla en el espacio. Además, Docurle debía ser dueño de la situación en el satélite. Corrían el peligro de caer entre dos fuegos si no procedían con cautela.

Lan contó todo cuanto a Yana y a él les había sucedido desde que salieron de Io. No comprendía aún cómo habían podido encontrarles.

—Sabíamos que viajabais en la nave de Flescher y yo conocía perfectamente la ruta que éste iba a seguir para llegar a Calisto. Temía algo parecido de lo que intentó hacer siguiendo las instrucciones de Docurle —dijo Alvar—, Confieso que nunca pude sospechar de éste, pero interceptamos el mensaje que Flescher sostuvo con Docurle. Así, informé a Oblister que debía dirigirse al punto en el cual precisamente vosotros lograsteis escapar en la falúa. Hubiéramos llegado tarde si Yana no se hubiera enterado también de las intenciones de Flescher hacia vosotros.

Ernut Lan asintió. Sentía una gran excitación que intentaba reprimir a toda costa. Aunque aquellos hombres habían abandonado la serie de títulos rimbombantes acostumbrados para dirigirse a él, aún seguían tratándole con respeto. Y, lo que para él era más importante, con amabilidad y simpatía. Se había convertido no sólo en el jefe a quien nadie discutía su jerarquía absoluta, sino también en un camarada.

Era un ambiente nuevo para Lan y que le complacía.

—Llegó un momento en que todo lo vi negro, perdido. Mi viaje de buena voluntad a las lunas se había convertido en un desastre. Cierro los ojos y cuando los abro me hallo ante una situación del todo halagüeña.

—No me tildes de pesimista, Lan —sonrió Alvar—. Pero aún tenemos una flota que vencer, la de Einhert, y un mundo dominado por el enemigo, aunque la población, cuando sepa lo que realmente sucede, estará de nuestra parte.

—No lo olvido, Alvar. Tenemos que encontrar un medio de vencer sin provocar demasiadas muertes entre la población de Ganímedes. No me asusta la lucha contra la flota de Einhert, pero sí tengo reparos respecto a la conquista del satélite. Docurle debe aún de contar con muchos fieles.

Alvar rió. Todos le miraron y el líder abrió sus fuertes manos al decir:

—Si todo sale bien, nos llevaremos una sorpresa.

—No te entendemos, Alvar —dijo Oblister—. Lo más seguro es que Einhert intente llevarnos cerca de Ganímedes, para tenernos a tiro de las defensas que Docurle debe controlar.

—Seguro que ésas serán las intenciones de Einhert. Ojalá no te equivoques, Oblister.

Anduvo hasta la salida de la sala de conferencias y exclamó:

—Señores, acudamos a nuestros puestos de combate. El día cumbre de la Humanidad es hoy, y el momento estelar a punto de acontecer.

* * *

La flota de Einhert diviso a las naves terrestres y coloniales cuando se hallaba a cien mil kilómetros de Ganímedes. Ordenó un despliegue meticuloso de sus unidades. Dispuso que la mayor concentración de ellas estuviesen en la zona más próxima del satélite. Esto suponía inducir al enemigo a atacar el ala contraria. Pero Einhert conocía bien el sistema de actuar de Oblister y calculó que éste desdeñaría el núcleo más débil para enfrentarse primeramente con el fuerte.

Si así lo hacía, Einhert sólo tenía que dar unas órdenes para que su grueso de navíos retrocedieran hasta situarse a poco más de diez mil kilómetros de Ganímedes, lo que haría que los cruceros de Oblister estuviesen a tiro de las baterías de superficie.

Einhert, esperando el momento de la batalla, trataba de averiguar cómo era posible que Oblister hubiera llegado a un entendimiento con la flota a la cual debía enfrentarse precisamente. ¿Acaso la huida de Lan con Yana y la posterior desaparición del navío de Flescher indicaban que el joven Sublime había conseguido la alianza entre Alvar y Oblister, formando un solo cuerpo de ejército dispuesto a enfrentarse a la intriga de sus respectivos compatriotas?

Cuando todo parecía marchar debidamente, el curso de los acontecimientos se torcía inexplicablemente, haciendo la situación muy precaria.

El muy cretino de Docurle estaba demasiado asustado, pero aún podía contar con sus instalaciones defensivas de superficie para ayudarle a vencer a la flota combinada. Por suerte la población de Ganímedes y la mayor parte de las tropas que no eran adictas a Docurle seguían suponiendo que el ataque que tenían que rechazar era sólo provocado por unidades terrestres, y que la flota a la que tenían

que ayudar, al defender el satélite, era la suya propia.

Nunca llegarían a enterarse de la verdad, de que ayudaron a destruir las naves mandadas por el admirado e impulsivo Alvar, el ídolo de la juventud ansiosa de lucha.

Einhert veía por medio del plano electrónico cómo las unidades enemigas empezaban a caer en la trampa. Se dirigían ciegamente contra el mayor núcleo de unidades. El crucero de Einhert, situado el último del ala débil, podía observar el curso de la batalla sin correr el menor peligro.

Las naves de la flota combinada atacaron la fuerte concentración, que a pesar de todo era menor en número. Estas sostuvieron el ataque durante tanto tiempo como pudieron. Luego, cuando transcurrió el tiempo suficiente para no levantar sospechas a causa de una huida demasiado prematura, comenzaron una retirada ordenada.

Algunas naves fueron destruidas o dejadas atrás a causa de fuertes averías. Era un contratiempo, pero resultaba un riesgo calculado.

El grupo de cruceros que rodeaban la nave de Einhert comenzó a quedarse aislado. El enemigo, ofuscado ante la huida de las naves, parecía ignorarle. Einhert ordenó a su comandante que iniciase la retirada hacia Ganímedes. Daría un amplio rodeo hasta situarse a la retaguardia de las naves que aparentaban huir. Allí estarían seguros del fuego enemigo primero y luego amparados por los proyectiles de superficie que llegado el momento serían disparados contra los entusiasmados y presuntos vencedores.

Einhert empezaba a sentirse contento. El enemigo seguía cercando a las naves en retirada. Estúpidamente, navegaban unos muy cerca de otros. Si ahora, gracias a esta posición, podían poner en acción todo el terrorífico potencial agresivo, también iban a ofrecer un blanco magnífico cuando llegase el momento en que las instalaciones defensivas de superficie disparasen.

El comandante de la nave tenía instrucciones precisas de Einhert. Cuando éste supo que no podía esperar ayuda en forma de naves de guerra y que la flota que se acercaba a Ganímedes estaba compuesta por las unidades de Oblister y Alvar, dispuso aquel plan de combate que hasta entonces estaba resultando estupendamente.

Las naves supervivientes se concentraron y navegaron por encima de la superficie de Ganímedes, a unos ocho mil kilómetros. Entraron en la zona iluminada y la flota hasta entonces triunfante aliada les

siguieron sin cesar de disparar.

Einhert se dijo que debía guardar calma. Era preciso. Aunque se perdiesen algunas naves más en medio de los preparativos, bien valdrían la pena estas bajas si al final conseguirían destruir totalmente a sus enemigos.

Einhert saltó de su asiento y corrió a verificar por sí mismo aquellos datos que no podía creer. Con ojos muy abiertos y llenos de terror, tuvo que admitir que el especialista no se había equivocado.

Desde la superficie habían disparado contra ellos los proyectiles que triplicaban en velocidad al más veloz de los cruceros existentes.

El Gran Ministro aún se preguntaba qué estaba sucediendo cuando la nube de muerte se abatió sobre ellos.

Carl Bunsen y Serku estaban escuchando desde hacía horas el frenético ir y venir de hombres. Sabían que se luchaba en el espacio exterior y que las poderosas defensas del satélite iban a ser utilizadas para decidir el curso de la próxima batalla a favor de la flota al mando de Einhert.

Docurle los había llevado hasta las instalaciones situadas a considerable distancia de las ciudades de Ganímedes, en donde temía que todos los hombres no fueran de su confianza.

Desde hacía rato habían dejado los dos hombres de hablar. Ya nada tenían que comunicarse. No podían hacer otra cosa que esperar.

Y sabían que al final de la espera les esperaba la muerte.

De súbito el ruido procedente del exterior se hizo más convulsivo. Oyeron disparos, pisadas presurosas, como si muchas personas huyesen frenéticamente.

Se levantaron de sus asientos expectantes y confusos y prestaron atención. Escucharon gritos de dolor y más disparos.

Varias pisadas resonaron en el corredor y se detuvieron delante de la puerta. Una voz gritó órdenes perentorias y la cerrada puerta comenzó a calentarse. Se retiraron de ella y segundos después el metal adquiría un rojo intenso. El calor se hizo insoportable cuando la puerta comenzó a derretirse. Desde el otro lado, cuando el agujero era bastante grande, proyectaron contra él un potente chorro congelante.

Unas figuras armadas cruzaron el provisional paso. Gritaron al ver a Serku y lanzaron varios hurras atronadores.

Un hombre se identificó:

—Saludos, líder Serku. Soy el teniente Amien. Alvar nos ordenó que atacáramos estas instalaciones antes que Docurle las usase para destruir las flotas que están luchando contra las naves del terrestre Einhert.

Serku abrazó al hombre y preguntó:

—¿Sabía Alvar que estábamos aquí?

Amien negó con la cabeza.

—Nada nos aseguró. Sólo indicó la posibilidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carl Bunsen—. ¿Cómo nos habéis encontrado tan pronto?

—Ya tenemos la situación controlada. Los partidarios de Docurle que no han muerto se han rendido. Es nuestro el puesto de mando y desde allí vamos a dar una desagradable sorpresa a las naves del Gran Ministro. Es más, creo que ya éste sabe, para desgracia suya, que no puede contar con la ayuda de Docurle.

—¿Qué ha sido de ese traidor?

—Murió cuando asaltamos el puesto de mando.

Serku movió la cabeza.

—Creo que ha sido mejor así. Un juicio sumarísimo a nadie hubiera convenido. Para muchos hubiera sido difícil creer que un líder de la paz trabajaba en la sombra valiéndose de la violencia y la traición por ambición de poder.

El suelo tembló bajo de ellos. Escucharon un rugido atronador. Pero nadie se asustó por eso. Innecesariamente, porque todos comprendieron, Carl comentó:

—Han partido los proyectiles. Adiós, Gran Ministro Einhert.

EPILOGO

La ciudad más importante de Ganímedes, al igual que todas las de las lunas, terrestres, marcianas y venusianas, hervían de alegría una vez que se convencieron de que la corta, pero cruenta guerra, había concluido.

En el puerto estelar, cerca del cual estaba la sede provisional del nuevo gobierno democrático del Sistema Solar, un vehículo se deslizaba sobre el pavimento hacia una nave anclada y dispuesta a partir.

Lan y Yana descendieron del vehículo y se dirigieron hacia la nave. Las instalaciones estaban desiertas, pero alguien parecía esperarles al pie de la escalerilla.

Se detuvieron y Lan dijo :

—Hola, Alvar. Me figuraba que estarías en la reunión Intersolar para ayudar a elegir nuevo gobierno.

Alvar sonrió, cruzó los brazos sobre el pecho y dijo:

—Me parece que allí es donde tú también deberías estar, Lan.

—No, amigo —Lan negó con la cabeza—. Mi misión ha terminado. La dinastía imperante de los Larduts ha concluido. La farsa terminó. Durante tres generaciones mis antepasados tuvieron que usar unos métodos en los que no creían, pero que fueron precisos para conservar la paz. Yo, el cuarto Ernut, considero que esto debe terminar. Los rimbombantes títulos y trato especial hacia mi persona son cosas ya ridículas. Creo que los hombres han demostrado que deben ser gobernados por unas ideas más sensatas.

—¿Pero quién dice que pretendemos obligarte a volver al poder? —rió Alvar—. El pueblo deberá elegir a sus representantes. Nada de mando absoluto. Sería absurdo seguir con ideas imperialistas o monárquicas que hace siglos dejaron de existir en la Tierra. La sangre

azul terminó. Pero eso no quiere decir que el pueblo no estime que tú serías un buen gobernante por tres o cuatro años. 0 acaso un secretario para algún cargo especial.

—Te agradezco tus palabras.

—Todos te echamos de menos y yo me largué porque adiviné que ibas a marcharte de aquí en cuanto pudieras —señaló la nave—. Está a punto. Puede ir sola al lugar donde desees. ¿Podrías decírmelo, al menos?

—¿Para qué?

—Pienso que esos testarudos que están reunidos en la sede Intersolar insistan en darte un cargo. Pero no te ufanes. Es posible que sólo piensen que eres bueno para dirigir la secretaría de sanidad pública.

Lan y Yana rieron.

—¿Por qué no iba a aceptar algo semejante?

Estrechó la mano de Alvar, quien besó a Yana. Guiñó a Lan, diciendo mientras la pareja ascendía por la escalerilla:

—Dime dónde estaréis los próximos días, por favor.

—¿Prometes no molestarnos en seguida?

—Juro que no me acordaré de ti en dos semanas, aunque te nombren el primer presidente del Sistema Solar.

Desde arriba, mientras la escalerilla se escondía automáticamente, Lan dijo:

—Mi padre me hizo un regalo. Espero que podré conservarlo al menos por algún tiempo. Se trata de un refugio orbital alrededor de la Tierra. Es un lugar que a Yana y a mí nos encanta.

—Lo creo —repuso Alvar comenzando a retirarse de la nave.

Alvar montó en el vehículo que había conducido Lan y se alejó varios centenares de metros. Luego lo detuvo y esperó unos instantes.

Al cabo, la nave se elevó, relampagueante hacia el oscuro cielo de Ganímedes.

En seguida Alvar la perdió de vista entre las nubes. Activó el motor y se dirigió hacia el edificio, situado al final de las extensas

pistas.

Resopló mientras pensaba que los miembros del comité provisional le iban a censurar mucho por no haberles llevado allí a Ernut Lan, tal como exigían, para ofrecerle un cargo en el nuevo gobierno.

Alvar deseó que el cargo no fuese importante, no lo suficiente para obligarle a interrumpir el descanso y el ansia de soledad de los jóvenes en el Refugio Orbital.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud. en propietario de un MAGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE o si lo prefiere de UN MILLON DE PESETAS.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE!

INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo.

ESCRIBA AQUI EL NUMERO ELEGIDO

CONSERVE ESTE RESGUARDO JUNTO CON LA NOVELA

PARA TOMAR PARTE EN EL SORTEO

DE PISO Y COCHE O UN MILLON

Escriba aquí su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE ....

1.er APELLIDO ....

2.º APELLIDO ....

Si acierta deberá presentar este resguardo acreditativo.

ENVIE AL NOTARIO Sr. D. TOMAS CAMINAL CASANOVAS apartado de correos 9475 BARCELONA el cupón para participar en el sorteo.

PUEDE ENVIAR EN UN SOLO SOBRE TODOS LOS CUPONES QUE REUNA. ENVIELOS ANTES DE LAS FECHAS DE CIERRE

(Ver instrucciones y Bases)

-- CORTE POR AQUI --



CUPON PARA ENVIAR

Número que Usted elige

Si es menor de 5 cifras ponga ceros en las primeras casillas

Su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE ....

1.er APELLIDO ....

2.º APELLIDO ....

Anote su dirección:

CALLE .... N.º ....

POBLACION ....

PROVINCIA ....

NOVELA COMPRADA EN: ....

LIBRERIA O KIOSCO ....

CALLE .... N.º ....

POBLACION ....

PROVINCIA ....

Si se trata de un kiosco anote la calle o plaza y el número frente al cual está situado.

Firma del participante en el sorteo.

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

PARA TOMAR PARTE EN EL SORTEO

DE PISO Y COCHE O UN MILLON

ESCRIBA AQUI EL NUMERO ELEGIDO

CONSERVE ESTE RESGUARDO JUNTO CON LA NOVELA

Escriba aquí su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE ....

1.º APELLIDO ....

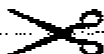
2.º APELLIDO ....

Si acierta deberá presentar este resguardo acreditativo.

ENVIE AL NOTARIO Sr. D. TOMAS CAMINAL CASANOVAS apartado de correos 9475 BARCELONA el cupón para participar en el sorteo.

PUEDE ENVIAR EN UN SOLO SOBRE TODOS LOS CUPONES QUE REUNA. ENVIELOS ANTES DE LAS FECHAS DE CIERRE

(Ver instrucciones y Bases)

CORTE POR AQUI 

CUPON PARA ENVIAR

Número que Usted elige

Si es menor de 5 cifras ponga ceros en las primeras casillas

Su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE ....

1.º APELLIDO ....

2.º APELLIDO ....

Anote su dirección:

CALLE .... N.º ....

POBLACION ....

PROVINCIA ....

NOVELA COMPRADA EN: ....

LIBRERIA O KIOSCO ....

CALLE .... N.º ....

POBLACION ....

PROVINCIA ....

Si se trata de un kiosco anote la calle o plaza y el número frente al cual está situado.

Firma del participante en el sorteo.

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.